

ALMAS BENDITAS QUE MORAN EN EL PARQUE



Crónica familiar de
las fosas del Cementerio del Sur
y la devoción a las almas del purgatorio





ALMAS BENDITAS QUE MORAN EN EL PARQUE



Crónica familiar de las
fosas del Cementerio del
Sur y la devoción a las
ánimas

Por

Santiago Rincón Leuro

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL

ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia López

SECRETARIA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Catalina Valencia Tobón

DIRECTOR INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL
Patrick Morales Thomas

SUBDIRECTORA DE DIVULGACIÓN Y APROPIACIÓN DEL PATRIMONIO
Angélica María Medina Mendoza

PROGRAMA DE FOMENTO
Beca Emma Reyes: investigación de espacios y vida cotidiana
Programa Distrital de Estímulos 2022

INVESTIGACIÓN, TEXTOS, DIBUJOS Y DIAGRAMACIÓN
Santiago Rincón Leuro

CON APOYO Y ASISTENCIA DE
Reactivo Colectivo

APOYO EN INVESTIGACIÓN
Jeisson Jamaica

APOYO LOGÍSTICO
Ana del Pilar Ángulo

APOYO EN DISEÑO GRÁFICO
María Alejandra López

APOYO EDITORIAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO
Sofía Rojas Cárdenas

Contacto
santiagoleuro@gmail.com - @santiago.r.leuro

Gracias por apoyar la edición autorizada de este proyecto de divulgación gratuita y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear, ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso de su autor.

Noviembre 2022 - Bogotá, Colombia



Esta crónica es producto de la
Beca Emma Reyes:
investigación de espacios y vida cotidiana de Bogotá
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Portafolio Distrital de Estímulos 2022



INSTITUTO
DISTITAL DE PATRIMONIO
CULTURAL



Un lunes cualquiera de 1988, temprano, a las 5:00 AM, Pedro Felipe sale de la casa de Belén, su novia, en el barrio San Jorge Central. Su jornada comienza acompañándola a tomar el bus hacia su trabajo frente al Cementerio del Sur. Ida ella, él camina por las oscuras calles de Matatigres, cruza la avenida 27 frente al CAI, bordea el barrio Villa Mayor y luego pasa por el muro que encierra la ladrillera de donde sale la materia prima para terminar de construir el barrio, junto a un enorme potrero. Llega a su casa familiar después de una caminata de un poco menos de 2 kilómetros.

Viudo y pensionado del ejército, Pedro compró una casa en el pequeño barrio Cinco de Noviembre, vecino a Villa Mayor. Aquí llegó desde Manizales a vivir con Claudia su hija mayor y tres de sus cuatro hijos. Al llegar allí se pone en acción, prepara y despacha el desayuno de Claudia, de sus hijos Pedro, Alejandro y Juan Pablo y de su nieto Ómar, hijo de Claudia. Después del desayuno toma a Ómar de la mano y caminan cinco minutos hasta su colegio, Liceo Bilingüe el Castillo de Blanca Nieves, en Villa Mayor. Mientras tanto Claudia, que se graduó de arquitecta el año anterior, va a trabajar.



Al cabo de un rato Pedro regresa caminando a casa, lee el periódico que llega a la puerta todos los días, toma tinto, fuma Pielroja, dedica tiempo a sus aves -algunas las saca de la jaula y se las pone en el hombro- a sus perros, y a sus muchas plantas, Pone algún casete de tango en una grabadora vieja, y en el resto de la mañana, arregla, cose, pega, lava, plancha, cocina, llena algún crucigrama. A mediodía recoge a su nieto en el colegio y regresan caminando a casa, por el lado del enorme potrero que separa a Villa Mayor del Cinco de Noviembre. El andén es una franja de tierra y pasto, al lado de la “Autopista” Sur, con un carril pavimentado donde transitan los autos en los dos sentidos, y otro carril despavimentado que los vecinos de los barrios Santa Rita y Villa del Rosario utilizan como parqueadero.

Durante el almuerzo ven alguna telenovela o noticiero (que dura estrictos 30 minutos con anuncios comerciales incluidos). Después alguna serie de regular calidad, seguida de la franja de televisión educativa y cultural, con programas japoneses de manualidades, títeres, y cuentos, u otros aburridos con nombres como “Caminito del saber”.

En la tarde Pedro ayuda al niño con las tareas, sigue con sus quehaceres, toma tinto, como es usual fuma Pielroja, escucha radio. Diestro del martillo, el serrucho, las tijeras de podar, la máquina de coser, el caudín, el sartén y la olla a presión, Pedro se encarga de que todo en casa funcione y le queda tiempo para sus aficiones: la lectura, las plantas, los animales.



Permanentemente hace largos recorridos urbanos en compañía del nieto con frecuentes desplazamientos por la Troncal de la Caracas.

¡Caos en Bogotá! gritan los titulares de los noticieros y diarios. Los periódicos están colmados de noticias sobre obras inconclusas, calles inundadas de basuras, inseguridad, accidentes de buses en carrera suicida, masacres como la de Pozzetto y otras menos sonadas. El diario El Espacio reporta de forma gráfica y poco sutil noticias de las que nadie quiere enterarse, cuyos titulares gigantescos en rojo obligan a mirarlos de soslayo, pero el diario también contiene información útil para los habitantes de sectores populares de la ciudad y eventualmente para quienes hacen seguimiento de los procesos judiciales, penales y políticos derivados de las noticias que publica.

Sin embargo, en este 1988 en medio de tanto caos, hay en el ambiente bogotano un paradójico optimismo. Un joven delfín presidencial, ex hippie, presentador de noticias y primer alcalde mayor elegido popularmente, inaugura una era de esperanza que no saldrá como se esperaba. Se organiza el Concierto de Conciertos, una suerte de Woodstock criollo de la década del plástico donde despunta lo más radiado del rock y pop latino, pero en las calles frente a la pobreza y la desigualdad se incuban con fuerza otros latidos: hip hop, punk, metal.



Se levantan pésimas obras como el puente de la 92 con Autopista Norte, donde muchos carros vuelan y varios pasajeros y conductores mueren, o la tiznada, fría y peligrosa Troncal de la Caracas. En las calles la juventud reclama la necesidad de un definitivo acuerdo de paz con el M-19 tras los cruentos hechos del Palacio de Justicia, teatro de sangre y horror por parte de guerrilleros y fuerza pública con gran saldo de fallecidos y desaparecidos. Se agudiza la violencia estatal contra la oposición política que salpica a artistas, escritores y periodistas que salen al exilio. Cada día son desaparecidos o asesinados militantes de grupos políticos de izquierda como la Unión Patriótica. Numerosos grupos guerrilleros pueblan las montañas y regiones más apartadas de Colombia aportando su dosis de violencia. Para colmo el narcotráfico y el paramilitarismo, como auspiciadores y partícipes de una guerra que comenzó siendo política, dejan bombas en las ciudades y despojos de tierra en los campos.

Eventos de este tipo son los que se ven en el Noticiero de las 7. Al terminar el noticiero a las 7:30 PM Pedro se despide de todos y regresa caminando a la casa de Belén, mujer casi pensionada, madre y también viuda. Camina por la Autopista del Sur al borde de Villa Mayor y un pequeño recodo antes de llegar al Canal la Albina, donde se esconde tras un muro el enorme lote con las fosas comunes del Cementerio del Sur cuyas puertas hacia Matatigres a esa hora están cerradas, pero frente a estas una multitud de devotos a las benditas almas ilumina la calle con sus velas de sebo.

A finales de los ochenta al Cementerio del Sur lo rodean barrios y formas de vida diversas: barrios obreros resultados de propuestas urbanísticas que buscaban mejorar las condiciones de vida de la población trabajadora. Otros barrios en cambio son ejercicios de organización comunitaria, fruto de la necesidad de techo, de suelo dónde sembrar una simiente, comer y levantar una familia. También urbanizaciones construidas por cajas privadas de vivienda para goce de una clase media emergente.

Al oriente, Eduardo Frei y San Jorge Central de casas devenidas en pequeños edificios por terrazas y sobreterrazas. Por el sur los barrios obreros Murillo Toro, Bravo Páez, Libertador e Inglés conforman el sector conocido como Matatigres. Al norte Villa del Rosario, de casas amplias, con antejardines, andenes arborizados y numerosos parques con los tradicionales juegos infantiles: ruedas chirriantes, túneles de llantas semienterradas, rodaderos, pasamanos -normales y con forma de araña- y canchas de baloncesto y de microfútbol, parques de verdad. Al occidente del cementerio, Ciudad Villa Mayor primera etapa, el barrio más joven de todos sus linderos y que luego se conocerá como “La Antigua”.

En una isla triangular donde se juntan las carreras 27 y 30, a pocos pasos del Cementerio del Sur, está el CAI de Matatigres, inaugurado en 1987. Casita de madera que además de policías, tiene un palomar habitado por Paco y Wilson (un palomo tocayo del comandante del CAI, Wilson Barrios). Además, un jardín con gnomos y animales de cerámica, una fuentecita con canal hecho de piedras redondas y, cada diciembre, un gran árbol de navidad. En diciembre de 1988 el joven alcalde mayor, el mismo que era presentador, otorgaba un premio con brindis de champaña incluido, al CAI de Matatigres como “el mejor de Bogotá”, no sólo por el embellecimiento de la isla de cemento donde operaba, sino por la eficacia con que se evacuaban los casos denunciados. El premio eran cinco días de vacaciones para cada uno de los integrantes del Comando.

La cotidianidad de la familia de Pedro discurre por esas avenidas que parten o llegan a Matatigres. La carrera 30 es la ruta para ir a la ciudad de hierro en Paloquemao, o la de Claudia hacia la Universidad Nacional habitualmente con su hijo. La 27 que al oriente del cementerio se dobla buscando la Calle 1ª es la ruta habitual de Pedro para ir junto a su nieto a hacer mercado en el barrio Centenario, para ir al Restrepo a comprar zapatos o visitar a una amiga de Claudia que vive detrás de la plaza de mercado, para llevar a Ómar al hospital de la Misericordia cuando se



enferma, o ir a hacer vueltas varias en el Centro, La Candelaria y San Victorino casi siempre en buses y caminando. La Autopista Sur, que nace en la Sultana, es la ruta que Pedro remonta hacia el oriente para llevar al niño al colegio. En sentido contrario se llega a los almacenes de Venecia, las calles de Muzú, los almacenes de telas y bicicleterías de la Alquería, las garullas de Soacha, el Salto del Tequendama y después el zoológico de Santa Cruz, paseo obligatorio del colegio. También de Matatigres parte la Avenida Jorge Gaitán Cortés hacia Colmotores, donde han trabajado algunos familiares, y hacia Fátima, donde vive Gonzalo el padre de Omar.

El Cementerio del Sur, sus fosas comunes y Matatigres son para la familia de Pedro lo que Kevin Lynch define como *Nodo*: un punto de convergencia de sendas, vías o caminos, precisamente los que Pedro Felipe, su hija, sus hijos, su nieto, su yerno, y varios integrantes de la familia que viven en sectores vecinos, recorren a diario.



Cementerio público del sur: corazón de **M**atatigres

La construcción de un cementerio para el sur de la creciente ciudad capital fue un tema pospuesto desde 1884, cuando se firmó un acuerdo para la construcción de dos cementerios satélites del Cementerio Central; uno en Chapinero, otro en el barrio Las Cruces. La Guerra de los Mil Días y el consecuente empobrecimiento de la nación, fueron uno de los obstáculos por los que este proyecto no vio la luz entonces.

Hacia 1930 la ciudad se había expandido considerablemente, en gran medida por los arribos continuos de colombianos de otros departamentos como Tolima, Boyacá, Huila y Santander. Colombia apenas comenzaba a respirar aires de modernidad. El liberalismo llegó al poder después de una larga hegemonía conservadora con la presidencia de Enrique Olaya Herrera, sucedido por los también liberales Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos, y López por segunda ocasión.

Durante estos gobiernos liberales se emprendieron en Bogotá varias obras destinadas a modernizar la ciudad: se proyectó la Ciudad Universitaria, se trazaron, construyeron y adecuaron vías, plazas de mercado e infraestructura de servicios públicos. Además se fundaron barrios obreros, la mayoría al sur de Bogotá, para mejorar las condiciones de vida de la población humilde y trabajadora, casas sencillas con el muy bogotano ladrillo sacado de los chircales de los cerros orientales, pero más dignas que las barriadas del Paseo Bolívar o las zonas altas de la ciudad.

Los barrios Centenario, Restrepo, Santander e Inglés, que junto a otros como Libertador y Bravo Páez comenzaron a moldear el paisaje de un sur popular, comunitario, obrero, pleno de trabajadores y trabajadoras de oficios diversos, en muchos casos informales. Barrios donde las sociedades mutuales gestionaban temas de relevancia para el desarrollo de sus comunidades a partir del trabajo colaborativo.

En 1938 se celebró con pompa el IV Centenario de la fundación de la ciudad, coincidiendo con el fin del primer gobierno de López Pumarejo. A pesar de la intención inicial de inaugurar el Cementerio del Sur en este año, no fue sino hasta 1942 cuando comenzó su construcción. El lugar elegido se encontraba en predios de la antigua hacienda La Fragua junto a los barrios Bravo Páez, Libertador y Santander, al lado del camino a Bosa o carretera del sur. Al entonces remoto municipio se llegaba por esta carretera que atravesaba pantanos, o por el Ferrocarril del Sur que ya funcionaba muy a comienzos del siglo XX.

Aunque una línea de tranvía llegaba hasta el barrio Santander hacia 1940, ante un fallecimiento, las familias de estos barrios del sur debían recorrer grandes distancias hasta el Cementerio Central o el de Chapinero, o recurrir a otras formas de resguardar a sus muertos. Finalmente el Cementerio del Sur o Cementerio de Matatigres se inauguró por el alcalde Jorge Soto del Corral el 15 de octubre de 1944. En los actos participaron las comunidades, sindicatos, asociaciones mutuales y organizaciones obreras del sector, agrupaciones a las que les fueron cedidos terrenos para la construcción de sus mausoleos. Sin embargo, como la ciudad también la habitaban errantes gentes anónimas, se destinó la manzana diez como fosa común, de acuerdo a la reglamentación de funcionamiento del cementerio aprobada por el Concejo de Bogotá. El diario El Tiempo que registró el acontecimiento, indicó que el cementerio jardín en su interior dispondría de amplias zonas verdes para inhumaciones en tierra, en lugar de mausoleos como era tradicional.

El muro que encerraba el cementerio en su interior albergaba osarios que fueron rápidamente ocupados por los restos de muertos anteriores a la fecha de su inauguración, al respecto el arquitecto Rubén Hernández en



Cementerio del sur en 1944
Interpretación del plano de Bogotá 1944, Secretaría de Obras Públicas Municipales,
dibujado por el Ingeniero Eduardo Caro. Atlas Histórico de Bogotá

su investigación *Exhumación de referentes y lugares* (2019), indica la presencia de lápidas con fechas de fallecimientos de 1925, 1935 y 1937. La entrada al Cementerio la anuncia sobre la carretera del sur o Carrera 27 un arco en ladrillo y galerías donde se ubican las ventas de flores y artículos religiosos.

En la década de 1950 comienzan a construirse los barrios Murillo Toro, Eduardo Frei y San Jorge Central en la periferia del cementerio. La acelerada urbanización de la ciudad demandó la construcción de más avenidas hacia el sur, además de la tradicional carretera del Sur o Avenida 27. Se proyectan entonces la Autopista Sur, por el costado norte del cementerio, y la Carrera 30, que ya se había proyectado anteriormente con el nombre de Avenida de Cundinamarca como consta en planos de finales de la década de 1940, pero este nuevo proyecto en lugar de esquivar el cementerio, lo atraviesa directamente.



Lote separado del Cementerio del Sur por la construcción de la Carrera 30
Interpretación de fotografía aérea del libro
Cincuenta años de progreso: Organización Luis Carlos Sarmiento Angulo 1959-2009

La vía se construyó entre 1958 y 1963 y el cementerio queda separado en dos sectores. En el sector sur, con la entrada principal del cementerio, quedaron los lotes donde se construirían en esos mismos años bóvedas, pabellones y mausoleos. Monumentos funerarios ocupados por sindicatos y sociedades mutuales de los barrios vecinos, como es el caso del mausoleo adjudicado por el municipio al tradicional barrio Centenario por medio de su sociedad mutuaría. Mientras que en el costado posterior sobre la carrera 30, se construyó un muro con una puerta que coincidía frente a frente con la puerta del lote separado por la avenida.

En este lote, sector norte del cementerio, se mantuvieron los entierros. No contaría con bóvedas, sino simplemente un gran descampado que se destinó al cementerio infantil y a las tumbas de ciudadanos y ciudadanas en extrema pobreza, generalmente en fosas donde inhumaban a varias personas.



Cada familia hacía como podía una lápida o un altar con ladrillos, de los que utilizaban en la construcción de sus propias casas. También allí quedó el lote N° 10, destinado a fosa común desde la construcción del cementerio y que era, desde la misma concepción del camposanto, la zona más apartada.

Los lunes son tradicionalmente el día de la devoción a las benditas almas del purgatorio y los cementerios el lugar para las manifestaciones de fe y fervor popular que se les profesa con las más variadas peticiones. Con la separación del cementerio y la apertura de dos nuevas puertas sobre la Carrera 30, la del propio cementerio y la del lote norte, comenzó a instituirse frente a estas un culto principalmente nocturno, un discurrir de personas movidas por la fe y la veneración, y un comercio y economía popular en torno a las ánimas del purgatorio.



Cementerio del sur en 1988
Interpretación del plano de Bogotá 1988
Instituto Geográfico Agustín Codazzi



El mismo lunes de 1988. Gonzalo, que vive con su madre en el barrio Fátima, sale veloz en su moto desde su trabajo en la zona industrial, hacia el barrio Cinco de Noviembre, a la casa donde viven su pareja y su hijo: Claudia y Ómar. Pedro ya se ha ido. Se montan los tres en la moto y sorteando por pocos kilómetros el tráfico de unas calles llenas de buses llegan al muro que encierra el sector norte del cementerio de Matatigres, que ya se conoce popularmente como “las fosas comunes”.

Claudia y Gonzalo van cada lunes a rezarle a las almas, costumbre que se ha mantenido desde los primeros meses de su noviazgo. En su adolescencia, él trabajaba de noche en el Gran Casino el Estadero, afamado restaurante bar en el barrio Santa Isabel, sus jornadas terminaban a las 3 o 4 AM, hora en la que quedaba un arriesgado trecho para llegar a su casa en Fátima. “Encomiéndese a las benditas almas para que no le pase nada, para que ellas lo protejan de los peligros de la noche y la ciudad” le recomendó alguna vez un compañero, así es que fue con su amigo al cementerio por primera vez, un día cualquiera antes de entrar al trabajo.

Eran comienzos de los ochenta y ya la devoción estaba instaurada en las puertas de los dos sectores del Cementerio del Sur. Al poco tiempo de hacerse novios, las citas de los lunes, al cine o a tomar una cerveza después de que Claudia salía de la universidad, estaban mediadas por pasar en algún momento al cementerio a ponerle las velas a las almas, pidiendo protección y amparo para toda la semana. Así convirtieron esta visita semanal en una costumbre.

En las casas de ambos está la misma imagen que tienen tantas casas en Colombia: la virgen del Carmen con las benditas almas a sus pies envueltas en llamas. En la casa de Gonzalo, el cuadro está en la cocina junto a una foto del Papa Juan Pablo II. En la casa de Claudia hay un pequeño altar dentro de la caja del contador de la energía con un vasito de yogur Chamburcy que hace de alcancía, junto una estampa de la virgen del Carmen y las almas. Al llenarse el vaso de monedas, Pedro compra con ellas un velón que les enciende algunos días de la semana.

El andén a lo largo del muro de las fosas comunes es la misma tierra compactada y por algún colapso o grieta del muro normalmente se asoma un lulo de perro. De noche el escenario es escalofriante, sin alumbrado público y a veces se ven enormes ratas entrar y salir por los huecos de la pared. No obstante las condiciones, los lunes en la noche es constante la peregrinación de los devotos a las almas y la oscuridad del lugar contrasta con la luminosidad de las velas de sebo, quemándose junto a los muros.

Aunque son varias las mujeres que en compañía de algún familiar venden las velas de sebo frente al muro de las fosas, Claudia y Gonzalo siempre compran tres atados de siete velas blancas cada uno a doña Mercedes, con quien se había construido una relación de confianza y fidelidad. Ella, siempre acompañada por su hija Bárbara, les regala una vela suelta para que el niño la encienda.

El altar son los muros tiznados al lado de la entrada de las fosas. Los tres se arrodillan para prender las velas, envueltas en hojas de periódico o de cuaderno donde se pueden reconocer tareas viejas. El amasijo de sebo escurre formando insólitas formas, columnas y texturas, acumulándose en montones que luego son recogidos por los funcionarios de la EDIS, la empresa distrital de servicios públicos.

Prendidas las velas Claudia y Gonzalo se persignan, él pasa sus brazos sobre los hombros de ella y ella hace lo mismo sobre los brazos de su hijo. Entonces le piden a las almas protección para su familia, ante la preocupación de vivir en un país y una época donde muere gente en tomas guerrilleras, acciones paramilitares y operaciones militares, entre bombas del narcotráfico que estallan en cualquier esquina, en medio de jornadas de limpieza social en los barrios del sur y el oriente, mientras los más olvidados mueren en lugares como la Calle del Cartucho por neumonía o puñaladas, arrollados por un carro que nunca se detuvo



o como dicen siempre los periódicos, en “confusos hechos”, y ahora ocupan en demasía esas fosas donde hoy rezan. Terminado el rezo Gonzalo, Claudia y Omar se despiden de doña Mercedes y su hija Bárbara, vuelven en moto hasta el Cinco de Noviembre, donde se quedan Claudia y el niño, y Gonzalo regresa a su casa.

A esa hora aún queda una buena jornada de trabajo para doña Mercedes y Bárbara. Nacida en el barrio Libertador, doña Mercedes y su familia se vieron involucradas en la fabricación y comercio de velas, desde que uno de sus hijos envuelto en problemas terminó trabajando en una fábrica casera. Desde allí asumieron este oficio de los lunes en jornada completa y del que han participado diferentes integrantes de la familia.

Cada lunes doña Mercedes instala su puesto sobre la acera de tierra al lado de la puerta de las fosas, junto a otras mujeres como doña Flor María, madre de cinco hijos y una hija, y que el primer día de cada semana recorre la Autopista Sur desde su hogar en Soacha hasta el cementerio para ocupar con su puesto de flores una parte de la acera. Al igual que ellas, durante el resto del día, otras mujeres usualmente en compañía de alguno de sus hijos o hijas, montan también sus puestos sencillos con baldes, cuñetes de pintura vacíos, latas de aluminio, carpas, mesitas y un parasol o incluso una pequeña carpa, mujeres que con su



trabajo son parte de una economía popular vinculada a la devoción a las almas. Después de trabajar como yerbatera en la plaza de Trinidad-Galán doña Flor María encontró junto a las fosas del cementerio una buena posibilidad para la economía y sostenimiento familiar.

Al llegar la noche la oscuridad envuelve el lote de las fosas y sus calles vecinas, pero la luz de las velas y la concurrencia de devotos disipa el ambiente lúgubre. Alrededor de la 1:00 AM, doña Mercedes y Bárbara, doña Flor María y las demás vendedoras de velas, comienzan a recoger sus puestos después de una larga jornada en la que pueden vender más de 500 velas de sebo.

La venta de velas y una variedad de artículos religiosos y de culto como cirios y velones de parafina, estampas religiosas y novenas a las benditas almas, ha sido en buena medida un oficio familiar en cabeza de las mujeres, pero más personas del núcleo familiar participan en toda la cadena vinculada a la devoción: desde la compra del sebo para la fabricación de las velas, hasta el empaclado con hojas recicladas o de periódico. Este comercio además permite un conocimiento de las devociones y preocupaciones de sus clientes. Las ventas de velas se convierten durante todo el día en espacios de visita o charla familiar, de observación colectiva de lo que pasa en el medio urbano, así como de compañía y ayuda mancomunada, todo en el duro y complejo escenario de un cementerio que la ciudad reconoce como la fosa común de los NN.



La ciudad de los muertos sin nombre y la infancia desamparada

Las ciudades son escenario de numerosas formas de violencia, marcadas por las profundas desigualdades que incuban. Desigualdades e injusticias que han sido raíz de un conflicto eterno donde varios se han inmolado en la búsqueda de la paz y la justicia social. Jorge Eliécer Gaitán es uno de esos personajes que representó las esperanzas de los sectores marginales de la sociedad.

Tras cuatro periodos de gobiernos liberales, el conservatismo en su línea más radical, volvió al poder en 1946. Ya comenzaban a vivirse tiempos de zozobra y se inició una enconada persecución hacia todo lo que oliera a liberal, comunista y masón. La situación se salió de control con el asesinato de Gaitán el 9 de abril de 1948, un candidato que no sólo era apto en su formación académica y política -puso sobre la palestra pública e investigó desde el congreso la Masacre de las Bananeras, perpetrada para reprimir una huelga obrera en 1925 durante el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez- sino que además jugaba tejo, visitaba los barrios y prometía un mejor futuro para los menos favorecidos.



Basado en fotografía de Lunga (Luís Alberto Gaitán Franco) 1948.

A Gaitán le decían *El Negro* y su lugar de nacimiento aún se lo atribuyen los barrios Las Cruces y La Perseverancia en Bogotá, así como los municipios de Cucunubá y Manta; la misma Manta donde nació Pedro. El asesinato de Gaitán significó una afrenta para un enorme sector popular que se alzó a las calles en una confusa orgía de violencia, sangre y fuego para vengar a su adalid, bautizada como El Bogotazo y donde por supuesto la violencia también corrió por parte del Estado. A muchas personas las encontró la muerte en las calles sin algo que los identificara; habitantes de calle, gente anónima y desposeída cuyos restos fueron a parar a fosas de los cementerios de la ciudad. El de Matatigres, según comentan, fue uno de esos lugares a donde llegaron los muertos desnudos, cubiertos de cal, apilados y sin la más mínima dignidad. Este es el primer antecedente del uso de una parte del Cementerio del Sur como fosa para indocumentados y muertos sin doliente.

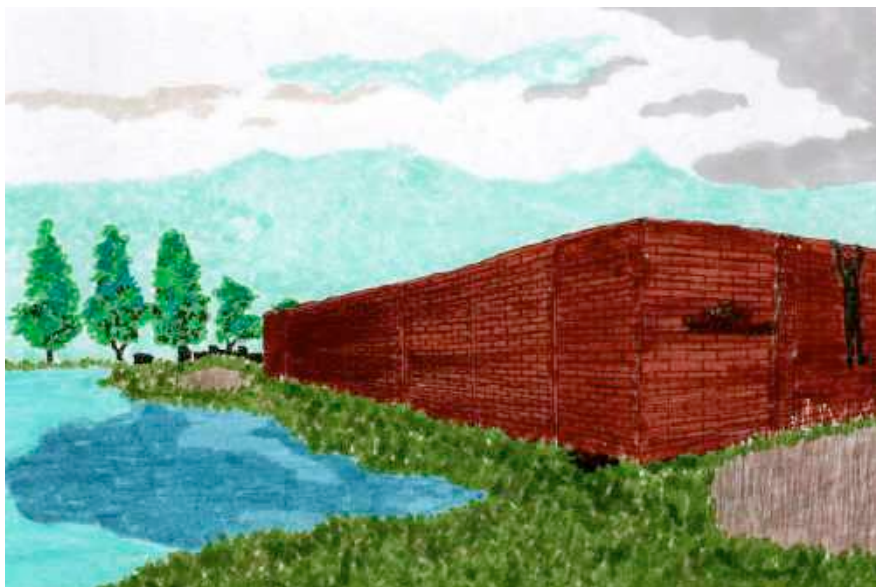
Con el fraccionamiento del cementerio, la fosa común quedó en el sector norte, así como los lotes destinados a las tumbas de niños y niñas de familias en extremas condiciones de pobreza. En la década de los setenta, obras como la serie fotográfica *Gamines de Bogotá* de la artista Viki Ospina, películas documentales como *Chircales* de Marta Rodríguez y Jorge Silva, *Gamín* de Ciro Durán, y *Agarrando Pueblo*, de Carlos Mayolo y Luis Ospina -sátira al estilo de documental “pornomiseria”, hicieron más evidente el problema de pobreza absoluta e indigencia infantil que aquejaba a Bogotá. La dura vida en la calle con sus enfermedades y quebrantos de salud, ponía una buena cuota de menores de edad muertos y anónimos, en este lote del Cementerio del Sur. En la década de 1980 por cada adulto, los sepultureros empleados de la EDIS enterraban cinco niños, muchos de ellos entre los dos y los tres años, algunos antes de nacer o por nacimientos prematuros. También se reportaba un alto número de muertes de bebés, niños y niñas de familias en estado de pobreza extrema y muchos menores tenían que soportar el rigor de la calle desde sus primeras semanas de vida.

Es en “las fosas comunes” donde yacieron los restos de la infancia más desprotegida de la ciudad. Como la hija de seis meses de María Elvira, una humilde vendedora de chicles en el Concejo de Bogotá, quien falleció en 1986 según lo documentó El Espacio. La madre tuvo que cargar el cadáver de su hija varios días mientras cumplía con los trámites que le exigían para que al fin la pudiera cremar o sepultar. Primero conseguir por la caridad los 5000 pesos de la época que le pedía la EDIS, luego la carta de la Junta de Acción Comunal del barrio donde vivía, demostrando su condición de pobreza absoluta, una licencia de cremación allí y una orden del Juzgado 86 de instrucción allá. Trámites y dilaciones que sólo

terminaron cuando puso el cadáver de su hija sobre el escritorio de algún funcionario de la Secretaría de salud y pudo ser al fin sepultada en una fosa del Cementerio del Sur.

Por cuenta de las clínicas ilegales de aborto, o diferentes casos de infanticidio en los que los cuerpos de niños y niñas eran abandonados en cualquier lugar, a las fosas del cementerio llegaron ingentes cantidades de cadáveres infantiles. Juana Valentina Arguez en su tesis de antropología *Los peladitos del cementerio del sur: bioarqueología del aborto y el infanticidio en Bogotá durante la década de 1980* (Universidad Nacional de Colombia, 2022), documenta aspectos relacionados con la práctica del aborto clandestino, el infanticidio y las lógicas sociales y culturales en materia de derechos reproductivos y sexuales, a partir del análisis arqueológico de una muestra ósea de menores de edad exhumada de una fosa común, en medio de las investigaciones sobre los desaparecidos del Palacio de Justicia.

Los niños de los barrios vecinos que se estaban construyendo en la década de los cincuenta solían jugar en los potreros que rodeaban el enorme lote norte del cementerio infantil, a menudo ignorando lo que había en este, detrás del muro que lo cerraba. En sus extramuros, se formaba una pequeña laguna donde niños y niñas del barrio San Jorge Central se metían a nadar, sin saber que era el desaguadero del canal que atravesaba el lote en medio de las tumbas y fosas.



Los niños del barrio Murillo Toro hacían equilibrio en el muro que cerraba el costado occidental del lote de las fosas. Al lado del lugar donde jugaban fútbol, extenso terreno sin urbanizar donde hoy está el parque deportivo de Villa Mayor, había una marranera, huertas y cebadales. Cuando el balón pasaba al otro lado de la pared, de forma intrépida alguno de los niños pasaba por el muro para recuperarlo, saltando sobre un suelo que se tornaba blando, como un gran cojín que amortiguaba el aterrizaje desde el muro, que debía tener máximo 2 metros de alto.

Ese borde interior del lote, la franja más próxima al muro del costado occidental, parecía ser el lugar donde comenzaron a depositarse los restos de operaciones, intervenciones quirúrgicas, amputaciones y desechos hospitalarios de los centros de salud de Bogotá. Solamente en el transcurso del camino desde el centro de Bogotá hasta el cementerio, quedaban los hospitales de la Misericordia, San José, la Samaritana, Santa Clara, San Carlos y San Juan de Dios. Casi a diario, un camión que se encargaba de la recolección de estos restos entraba al lote y un hueco en la tierra era su destino. Sobre estos restos depositaban los desechos de las floristerías del cementerio, tallos cortados, hojas, flores marchitas y restos vegetales.



Basado en fotografías de Harry Van der Art, 1986.

Esta fosa terminó extendiéndose a toda la franja contigua al muro sobre el que los niños del Murillo Toro hacían equilibrio. Con el tiempo, las fosas se fueron abriendo en otros lados del cementerio, tumbas colectivas de ciudadanos pobres a las que se les ponía alguna cruz con los nombres de quienes compartían el hueco. Otras en cambio resguardan los restos de los muertos sin identificar que comenzaron a denominarse popularmente como los NN, frío término que proviene del latín *Nomen Nescio* que significa “sin nombre conocido”. Y así este gran lote, que casi doblaba en área al sector principal del cementerio ubicado entre la carrera 27, la carrera 30 y el barrio Eduardo Frei, comenzó a ser conocido popularmente como el destino de los muertos anónimos que todos los días cobraba la violencia en Bogotá y que ocupaban las páginas de El Espacio.



Basado en fotografía de Jimena Trujillo Molano, del artículo *Escribir sobre lo intangible*, en *Etnografías Contemporáneas* (Jimeno, et al.) Universidad Nacional de Colombia, 2012

Ciudad Villa Mayor es el barrio más joven de los que rodean al cementerio y sus antiguas fosas, además limita directamente con ellas. Es un barrio de casas que siguen el mismo modelo: amplias y con un antejardín que a menudo ha sido transformado en garaje. Algunas conforman pequeñas unidades residenciales de acuerdo a un modelo urbano que fue aplicado por la Organización Luis Carlos Sarmiento Ángulo en muchos de sus proyectos inmobiliarios, incluidas las primeras urbanizaciones que desarrolló en el sector: Villa Sonia y Villa del Rosario.

En una de estas unidades se ubica el *Liceo Bilingüe el Castillo de Blanca Nieves*. Nombre ampuloso para un pequeño colegio de barrio, pero que deja ver todo un resumen de la película de Disney en su fachada: el castillo, la princesa, el príncipe azul, pájaros, ardillas y los siete enanos cuatro pintados y tres en sendas esculturas de cemento. Es el colegio donde Pedro lleva y recoge a Omar durante su primaria y al crecer en cursos, comienza a ocupar casas vecinas, derrumbándose algunos muros para comunicarlás internamente, como pequeños laberintos. También cambió su nombre por el más genérico *El Castillo del Saber*.

La hora del recreo de los estudiantes del colegio usualmente tiene lugar en el potrero que separa Villa Mayor del Cinco de Noviembre. Un enorme erial al lado de una ladrillera, donde se forma una especie de humedal, territorio de aventuras y exploración para los niños. No siendo así para las niñas que poco se atreven a entrar en un potrero donde pueden aparecer ratas, sapos vivos o muertos y al que constantemente sobrevuelan los chulos. Después de este humedal y en dirección al Canal Río Seco que separa los dos barrios, el potrero parecía tierra de nadie. El pasto que casi nunca es podado, suele llegar hasta la cintura de los niños y unos troncos cortados se convierten en barco de un mar de césped que también es cementerio de perros callejeros no identificados: Troskys, Tonys, Azabaches, Negritos, Motas y Tribilines. De ambos costados de Villa Mayor, oriente y occidente respectivamente, reposan los cuerpos anónimos de gentes y perros a los que la muerte violenta encontró sin una cédula en el bolsillo ni una placa en el cuello.

Villa Mayor corresponde a un momento del desarrollo urbano de Bogotá en los años setenta en que la oferta inmobiliaria pasó de ser primordialmente estatal (o artesanal), a estar a manos de privados. En el proyecto se contemplaron varios parques, el más grande con una enorme cancha de fútbol, graderías hechas en tierra y con pasto, y un área destinada a la construcción de un teatro, que se funda por fin en el año 2001. Los eventos más grandes del Liceo se celebran en este parque,

separado de las fosas comunes del cementerio por un enorme muro con el que Villa Mayor marca una profunda distancia con el camposanto. Distancia que no es gratuita pues mientras se construye la urbanización, así mismo va decayendo el lote de las fosas pues además de cadáveres en todos los estados, a estas llegan basuras hospitalarias y desechos quirúrgicos. Los malos olores y la proliferación de plagas como mosquitos y ratas, generan un riesgo enorme para sus vecinos y en Villa Mayor había demasiados niños: por lo menos otros dos colegios de la escala de El Castillo del Saber, o el Liceo Psicopedagógico; muchos parques y muchas familias con hijos e hijas.

Antes de la construcción de Villa Mayor ese gran muro era una modesta tapia, pero en tanto el cementerio supuso una amenaza para su seguridad y salubridad, con actividades comunitarias los habitantes del barrio elevaron su altura, tanto que se hizo imposible ver hacia las fosas. Del costado oriental del cementerio, cuando apenas se esta construyendo Ciudad Villa Mayor, ya se ha urbanizado el barrio San Jorge Central que comienza a construirse previo a la fragmentación del cementerio, como iniciativa de urbanizadores que con facilidades vendían lotes a familias de origen humilde y en su mayoría provenientes del campo



En el costado posterior del cementerio, donde se construyó la Autopista Sur, solamente había un cercado de altos eucaliptos y campos con hortalizas, trigo y cebada, productos que eventualmente eran cosechados por los primeros habitantes del sector. Las fundadoras del barrio, recias mujeres del campo, se encargaban de cocinar para los trabajadores que canalizaron la quebrada la Albina y que pernoctaban en los potreros durmiendo sobre bultos de Cemento Samper. Las primeras casas, construidas informalmente con los materiales de los que se disponía, estaban ubicadas al lado del muro posterior del cementerio, junto al que sería el cementerio infantil tras la construcción de la Carrera 30.

En los años ochenta el barrio San Jorge Central no es ya un barrio de viviendas humildes, sino de casas amplias que crecen con el ingenio de sus propietarios. En una casa de este tipo vive Belén, que como Pedro Felipe es nativa de Manta, y esta casa es punto de partida y meta de la rutina diaria que Pedro lleva a cabo para que sus hijos puedan estudiar y trabajar. En sus rumbos diversos Pedro camina libremente por sectores que a menudo son considerados como peligrosos y no está exento de atracos y altercados con zorreros que alguna vez lo atropellaron en el



Basado en fotografía de Luz Marina Muñoz Cruz del barrio San Jorge Central.

camino a la casa familiar. Pedro conoce palmo a palmo Matatigres y los barrios Claret, Inglés, Bravo Paéz y Murillo Toro, pero aunque devoto de las almas, a diferencia de su hija, yerno y nieto, no suele visitar el lugar de culto instaurado en la puerta de las fosas comunes, pues su ámbito es más privado y sus visitas a los cementerios solamente están mediadas por la muerte de algún familiar, amigo o vecino, acontecimientos a los que asiste acompañado de su nieto.

En la terraza de la casa de Belén, Pedro construyó junto a ella un pequeño mundo rural, ante la necesidad de contacto con el campo y la naturaleza. Tienen gallinas, fermentan guarapo, crían palomas y, como en la casa del Cinco de Noviembre, también tiene aves, toches, cardenales, azulejos, mirlas y canarios, a los que dedica horas enteras hasta tener la confianza de abrirles la jaula para que vuelen libremente por la casa. Los fines de semana cada quince días se monta en una flota Valle de Tenza hasta Manta, donde aún vive Helena, su madre, en una casa a media cuadra del parque. Detrás del matadero, tiene un pequeño lote en el que cultiva café, chirimoya, tomate de árbol y guayaba.



Como en sus recorridos por la ciudad y sus eventuales visitas a cementerios y velorios, Pedro atiende este llamado de la tierra con su nieto, a quien desde pequeño le ha enseñado a usar machete, recoger café y recolectar las diferentes frutas que se dan en la pequeña jungla que es su lote de no más de media hectárea. También con su nieto asiste a todos los espacios que le son habituales en su pueblo: ir a mercar en la plaza, tomar guarapo con sus amigos, comprar pandeyucas y garullas y ver a los enanos toreros en las ferias y fiestas que se celebran en diciembre.

En la casa de Manta también hay una imagen de la virgen del Carmen y las benditas almas del purgatorio en la sala de la casa. Helena al hablar con su bisnieto siempre lo hace en un volumen mínimo, como si no quisiera que las almas se enteraran de lo que cuenta. Muchas visitas a Manta se complementan con caminatas por el cementerio, ubicado en un balcón donde se divisa el Valle de Tenza en la lejanía. Las almas de quienes yacen en este cementerio tienen una vista envidiable en comparación con las que moran en las fosas comunes del Cementerio del Sur, encerrado por un muro que las mantiene aisladas de la ciudad a pesar de estar ubicadas en la puerta del sur de Bogotá.

Édgar es ahijado de Pedro y se refiere a él como “mi padrino”; lo recuerda como el hombre que desmontó todas las convenciones de la masculinidad clásica; lo rememora como una persona ecuaníme, serena, firme y cariñosa al mismo tiempo. La violencia ha acallado a muchos vivos que han muerto injustamente por presunciones o sospechas y en los setenta Édgar fue testigo de la represión a las luchas sociales, sindicales y estudiantiles durante el estatuto de seguridad, momento en el que estaban proscritas las reuniones entre más de diez personas. Recuerda que después de alguna reunión clandestina de estudiantes de su universidad en un apartamento, apareció una chaqueta sin dueño y un asistente la reclamó aunque parecía no ser suya. Meses después se reportó la desaparición del estudiante y luego de un tiempo, alguien advirtió la mentada chaqueta en una fosa común del cementerio de Matatigres.



Una fosa que crece y una paz que no llega

Los años setenta fueron tiempos de profunda represión, como al fin y al cabo ha sido casi toda la historia de Colombia. El miedo al comunismo producto de la Guerra Fría entre Gringos y Soviéticos, implantó cruentas dictaduras militares en varios países de América Latina y gobiernos democráticos represivos. En 1978 durante el gobierno de Julio César Turbay entró en vigencia el Estatuto de Seguridad, que buscaba desmantelar las numerosas guerrillas que operaban en el país formadas por las más diversas causas sociales y políticas.

En esos tiempos del estatuto de Turbay y durante los gobiernos siguientes las víctimas de la violencia de Estado solían terminar como NN en las fosas comunes de Matatigres. Eran tratados más como una encomienda de la que deben deshacerse las entidades implicadas. Al lugar de los hechos llegaba primero un reportero gráfico de El Espacio, luego y después de un buen tiempo con suerte llegaba la policía, el F2, el DAS o el pertinente cuerpo de seguridad o inteligencia que tuviera potestad sobre el caso. Después de verificar que no hubiera nada que lo identificara era enviado a Medicina Legal, donde pasaban tantas horas, hasta que al fin con un trámite judicial se sentenciaba su último destino: compartir la tierra con otros anónimos a los que les esperaban más rociadas de cal, que de flores.



Basado en fotografía de El Tiempo, Enero 16 de 1984.

En las fosas comunes el trabajo para los empleados de la EDIS no estaba nada exento de riesgos pues trabajaban en pésimas condiciones sanitarias, en medio de olores nauseabundos y sin elementos de protección. Las fosas estaban llenas de cuerpos en descomposición y muchas veces parcialmente expuestos. Además se apilaban basuras y residuos hospitalarios. En 1984, ante la orden judicial de exhumar 40 cadáveres, 18 trabajadores se opusieron por el riesgo de desatar una epidemia de tifo, enfermedad que ya sufrían cuatro de ellos. Según una vecina del cementerio, esa fue la primera vez que se había solicitado una exhumación masiva.

Los empleados de la EDIS podían llegar a inhumar 35 cadáveres los domingos. En sus testimonios a la prensa, afirman que les resultaba doloroso tener que enterrar en la fosa común a los que mueren en circunstancias violentas o de muerte natural pero que no tienen quien les regale siquiera un cajón de los más baratos para sepultarlos con un poco de dignidad. Los cadáveres llegan en tales condiciones que se hace difícil respirar, pero alguno asegura que el consumo de aguardiente en vida es un factor decisivo para la preservación de su cuerpo después de su muerte.

La tasa de desapariciones es tal que en septiembre de 1987 el procurador Carlos Jiménez Gómez expresa con preocupación que la entidad hará todo lo posible por encontrar a 700 desaparecidos en hospitales y cementerios, una lista en la que figuran 18 personas de las que se perdió el rastro en los hechos del Palacio de Justicia, casos que aún pasados más de 30 años, no se han resuelto en su totalidad.

El 6 de noviembre de 1985 el grupo guerrillero M-19 se tomó el Palacio de Justicia. Su intención era hacer un juicio político al presidente Belisario Betancur por el incumplimiento en un acuerdo de paz, que dejaba varios excombatientes muertos o heridos por atentados. La acción fue respondida de manera desproporcionada por la fuerza pública, con lo que toma y retoma dejaron un enorme saldo de muertos, entre empleados del Palacio, guerrilleros, policías, militares, visitantes y magistrados de la Corte Suprema de Justicia conformada por una notable generación de juristas, encabezada por el tolimense Alfonso Reyes Echandía.

El Gobierno optó por no contestar el teléfono a Reyes, presidente de la Corte en condición de rehén y, en cambio, televisar un partido de fútbol. Las fuerzas de inteligencia y defensa de la Nación dispusieron del Museo del 20 de julio como espacio de detención e interrogatorio de quienes salían vivos del Palacio. Varios civiles que entraron al museo -con el respaldo de videos e investigaciones periodísticas que así lo confirman- desaparecieron, entre ellos empleados de la cafetería, el administrador, visitantes ocasionales y también miembros del M-19. El estado representado en el ejército y la policía, estaba “defendiendo la democracia maestro”, según palabras del comandante de la operación, Alfonso Plazas Vega. Para colmo del país, siete días después una avalancha de lodo se precipitó sobre el municipio de Armero, matando y desapareciendo a miles.

En la prensa se reportó que 14 guerrilleros no identificados recibieron sepultura en la fosa común de Matatigres. Sin embargo, en pocos meses la búsqueda de civiles desaparecidos, entre ellos trabajadores de la cafetería del palacio, condujo también a la fosa común. Por esto se solicitó una exhumación en febrero de 1986, para dar con los cuerpos de civiles presuntamente incriminados como guerrilleros.



Basado en fotografía de Archivo Colprensa.

La exhumación no se realizó por las mismas razones dadas por los empleados de la EDIS en 1984: la falta de condiciones seguras para su salud y la de los barrios vecinos. Los trabajadores afirmaron que allí también llegaron víctimas de la avalancha y en el lugar había altos niveles de contaminación y la posibilidad de desatar una epidemia de gangrena gaseosa, por lo que no hubo poder judicial ni orden presidencial que valiera para el procedimiento. En 1996 un juez sin rostro ordenó la exhumación de dos fosas comunes para buscar los restos de los guerrilleros Luis Otero, Elvencio Ruiz, Irma Franco y Alfonso Jacquin, de quienes se ignoraba si estaban vivos o muertos.

Los familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia han tenido que afrontar además de sus pérdidas, eventuales intimidaciones, seguimientos y amenazas en su intento de esclarecer la verdad de lo que pasó con sus seres queridos. El abogado Eduardo Umaña Mendoza abanderó esta búsqueda, representando a las familias de los desaparecidos y acompañándolas en el proceso legal por el que solicitó en 1997 la exhumación de una fosa común del Cementerio del Sur donde presuntamente estarían 14 desaparecidos. El procedimiento se realizó el 5 de febrero de 1998, en la fosa reposaban los restos de 261 personas sin identificar, sepultadas en varias capas, entre septiembre de 1985 y enero de 1986. Para poder cavar la amplia fosa se tuvo que romper una pesada lápida que indicaba el lugar y rezaba:



Basado en fotografía de El Espacio, febrero 6 de 1986

Hijos, padres y hermanos de víctimas inocentes que desaparecieron del Palacio de Justicia, dejan aquí su testimonio de rabia y dolor para repudiar los actos de aquellos hombres que falsearon la belleza de los ideales para enfrentarse en una guerra donde los traidores vivirán tan sólo para cargar el peso de su propia conciencia. Holocausto nacional. Noviembre 6 y 7 de 1985.

Pero poco tiempo después, los familiares de los desaparecidos fueron víctimas nuevamente cuando el 18 de abril del mismo año fue asesinado en su oficina Eduardo Umaña Mendoza. Entre los restos exhumados de Matatigres se identificó en el año 2000 a Ana Rosa Castiblanco, trabajadora de la cafetería. En 2015 se identificó a Lucy Amparo Oviedo quien tenía una cita con el magistrado Alfonso Reyes Echandía y cuyos restos fueron entregados a sus familiares en agosto del 2022. En el 2018 se identificaron los restos de Libardo Durán, escolta del presidente de la Corte, a quien su familia había creído enterrar 32 años atrás, cuando en realidad le habían sido entregados los restos del guerrillero Alfonso Jacquin. También se pudo determinar que en las fosas de Matatigres terminó el cuerpo de William Almonacid, guerrillero del M-19 que al parecer salió con vida del palacio y cuyo rastro se perdió tras entrar al Museo del 20 de julio.

En exhumaciones de otros cementerios, también se pudieron identificar a Cristina del Pilar Guarín y Luz Mery Portela, mal identificadas, ubicadas en tumbas que no les correspondían. Para el año 2019 de los 11 desaparecidos forzosamente reconocidos por la Corte Interamericana, 6 fueron hallados tras estas investigaciones, 5 faltan por aparecer.

Los ires y venires de las versiones sobre el paradero de los desaparecidos del Palacio, incluyeron en el año 2008 la revelación de unas fotos tomadas en enero de 1986 por el reportero gráfico holandés Harry Van der Aart. Estas muestran inhumaciones de cuerpos en diferentes estados, y restos óseos calcinados en las fosas comunes. El muro que separaba el lote de las fosas y el barrio Villa Mayor es inconfundible. Los reporteros holandeses que fueron testigos del hecho escucharon decir “Son los hijueputas del palacio”.

La guerra del narcotráfico contra el Estado y la ciudadanía también dejó muertos en las fosas de Matatigres. En 1990 fue secuestrada por el grupo Los Extraditables, la señora Marina Montoya de Pérez, mujer de prestante familia antioqueña y hermana del secretario general de presidencia del gobierno de Virgilio Barco. En 1991 sus restos fueron hallados en una fosa común del Cementerio del Sur.

Víctimas de la avalancha de Armero, de los hechos del Palacio de Justicia y de la guerra con el narcotráfico, hechos luctuosos definitivos durante la década de los ochenta, se suman al colectivo de quienes yacen en las fosas comunes. También sus almas se suman al conjunto sagrado y poderoso de las almas que padecen su tránsito en el Purgatorio, un infierno lleno de gozo, un cielo lleno de dolor (Le Goff, 1981). Un enorme colectivo a las que se les reza en plural -aunque exista la figura del *Ánima sola*- pero cada persona se encomienda a ellas a su manera, con sus propios medios y sus propios ritos.



Basado en fotografía del Instituto de Medicina Legal

En 1989 las cosas marchan bien para Claudia y Gonzalo. Ella trabaja como arquitecta en una oficina de diseños de redes hidráulicas. Él en una pescadería en Puente Aranda donde comenzó haciendo mandados y terminaría siendo mano derecha de su jefe. Un lunes como todos al salir de su trabajo finalizando la tarde, Gonzalo, que reemplazó la moto por un Renault 4 color mostaza, se embarca por las congestionadas calles que lo llevan hasta la oficina donde trabaja Claudia en el barrio Santa María del Lago.

Llegan muy tarde a la casa del Cinco de Noviembre, con tantos trancones pueden demorarse hasta dos horas en llegar. A esas alturas de la noche, Pedro aún está en la casa, aunque algunos lunes no espera la llegada de su hija y su yerno, dejando a Ómar con alguno de los tíos y tomando su camino a la casa de Belén. “Suegro, espere lo llevamos”. Pedro, aunque cariñoso y hogareño, acepta con un escueto “Ajá”. Se montan en el R4, toman la Autopista Sur hasta San Jorge Central, Pedro se queda en su destino nocturno y los demás siguen unas pocas cuadras hasta las fosas del Cementerio del Sur a cumplir con su cita con las benditas almas.

Las fosas, hogar de almas sin nombre, errantes, trágicas, pero poderosas, son ahora la casa de un alma viviente. Luis Orlando Mayorga, quien acogió un pequeño cambuche junto a la entrada como su nuevo hogar.



También se convirtió en guardián del lugar y tal vez la persona que mejor conoce los secretos del cementerio. Aunque pocos conocían su nombre, comenzó a hacerse familiar para devotos y vendedoras de velas simplemente como “el Mexicano”. Su mundo es el de las tumbas y cruces anónimas perdidas entre el pasto y los barrizales.

El mexicano, según algunas vecinas de San Jorge Central, era médico y bien plantado. Tenía un sombrero de charro mexicano y unas botas que le combinaban. Conoció las calles y sus azares y terminó refugiándose veinte años en un lugar que los barrios vecinos ocultaban tras un muro. Pintaba en las cruces los nombres de los finados que ocupaban fosas compartidas por pedido de sus deudos y habitualmente arreglaba las tumbas y limpiaba los improvisados altares. Su conocimiento de los habitantes de esta necrópolis marginal fue mayúsculo. Hablaba con los devotos a las benditas almas, con los familiares de los muertos con nombre, y los que adoptan en sus peticiones a los muertos anónimos. Se convirtió en guía y confidente de los visitantes a las fosas y oportuno auxiliar de las vendedoras de velas. A pesar de su aspecto, el propio de quien pasó largos años en las calles, era una persona presta a ayudar a quien lo necesitara, como recuerda Bárbara, quien fue su amiga durante muchos años.

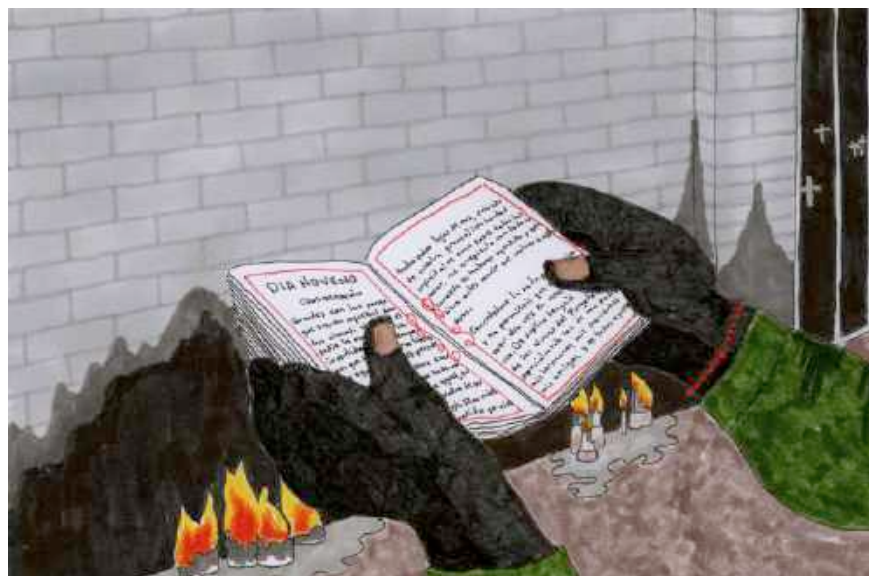


El Mexicano. Basado en fotografía de Jimena Trujillo Molano, del artículo Escribir sobre lo intangible, en Etnografías Contemporáneas (Jimeno, et al.) Universidad Nacional de Colombia, 2012

Cuando Claudia y Gonzalo llegan a las fosas, el Mexicano ya ha puesto una cadena con candado en las rejas. Compran sus tres paquetes de velas a doña Mercedes. No leen la oración a las benditas almas de las estampas religiosas como muchos de los devotos, que rezan en voz alta, en grupo, en torno a las velas de sebo que han encendido sobre unas latas de panadería puestas allí por las vendedoras de velas, para reciclar el sebo derretido. Claudia y Gonzalo rezan mentalmente. Le piden a las almas que protejan a sus familias de la creciente violencia que azota campos y ciudades.

La periodista María Elvira Samper, autora del libro *1989*, lo calificó como el peor año de la historia reciente de Colombia con una violencia que despuntó en muchos frentes. Ese año estallaron carros bomba en la sede del diario *El Espectador* y en el edificio del DAS en Paloquemao. En Soacha, asesinaron a tiros a Luis Carlos Galán, candidato presidencial de gran favorabilidad y se hacía más visible el fenómeno del paramilitarismo, que ya operaba desde hacía años en contubernio con narcos, políticos, agentes del Estado, militares, empresarios y ganaderos.

Matatigres era reconocido tanto por su inseguridad, como por los frecuentes accidentes de tránsito donde perecieron muchas personas que terminaron enterradas en las fosas comunes. Entre los devotos a las benditas almas y visitantes de los lunes a las puertas de las fosas comunes, se cuentan también ladrones y delincuentes que cumplen sus promesas por protección de parte de las almas. Pero su presencia no constituye una amenaza para los devotos, pues el camposanto, a pesar de su aspecto lúgubre, la insalubridad de sus tumbas y la oscuridad de su entorno urbano, es un lugar de paz entre los vivos que le rezan a los muertos y que hacen de la devoción a las benditas almas del purgatorio un culto masivo pleno de rituales, prácticas y rutinas. Cada muerto es un universo particular y también lo son las formas en las que los vivos se relacionan con los muertos.



¿Aquí estoy en Purgatorio de fuego en cama tendido...

En el papel Colombia es un Estado laico, mientras que en la práctica vive consagrada al culto de imágenes religiosas como el Sagrado Corazón de Jesús, el Divino Niño y la Virgen de Chiquinquirá. Pero si hay una figura religiosa a la cual debiera consagrarse el país en función de los devotos con que cuenta sería el colectivo de las almas del purgatorio.

Las almas las conforman personas de a pie, como los vecinos, familiares y amigos de los deudos quienes visitan los cementerios los lunes en su encomienda. Son poderosos intermediarios ante Dios según relata la *Petición que hacen las ánimas del Purgatorio pidiendo el socorro de los sufragios*, de la *Cofradía de las benditas almas*, publicación de 1838:

Nosotras afligidas Ánimas del Purgatorio (...) que si por vuestra industria, una, o más de nosotras entráre en la gloria tan deseada (...) ofrecemos de socorrernos en todas las ocurrencias, de manteneros lejos de las miserias, de defenderos de enemigos (...) seremos vuestras intercesoras delante del mismo Señor para que hagáis penitencia (...)

La existencia del Purgatorio propuesta por teólogos y clérigos, se legalizó en el siglo XVI con el Concilio Ecuménico de Trento, donde la Iglesia Católica afirma que estas reciben alivio con los sufragios de los fieles, así entonces a los vivos les queda la responsabilidad de la salvación de quienes están en el Purgatorio. Así nace una devoción fundamentada en una mutua ayuda entre almas y devotos: “hoy por tí, mañana por mí”. La misma base del mutualismo permitió que personas trabajadoras pudieran en el sur de Bogotá, construir sus barrios por sus propios medios y los de vecinos y vecinas, y que algunos pudieran conseguir espacios en el cementerio de Matatigres para enterrar a sus muertos.

Con las oraciones y actos de favor y ofrenda de los devotos, las almas esperan poder salir de su suplicio. Los vivos rezan por ellas para que salgan de las llamas del purgatorio, que no son eternas como las del infierno sino transitorias, es un fuego que no quema sino que purifica. Con la muerte se separan el alma y el cuerpo, pero las almas del purgatorio han sido dotadas de una corporeidad para que puedan sentir los tormentos de no poder entrar al cielo, idea manifestada por San Agustín de Hipona.

Los devotos recurren a los medios de los que disponen para el favor con las almas. Bien pueden encender una vela o tres paquetes de siete velas, pueden elegir también el color de acuerdo al tipo de petición, ponerles agua, hablarles, rezarles una novena o cualquier tipo de oración. Generalmente encienden las velas con fósforos para respetar el fuego encendido por otros deudos. Algunos las hacen bendecir de un sacerdote, otros las santiguan por sí mismos antes de encenderlas. Hay quienes pasan su mano rápidamente por las llamas tras finalizar la súplica. Su culto también se desmarca de las prácticas aceptadas por la Iglesia Católica y a veces se entremezcla con prácticas consideradas paganas, como la brujería, situación que frecuentemente se presenta en los lugares de culto.

Los devotos pueden encomendarse a las almas de sus familiares y conocidos, rezar por todo su conjunto sin distinciones y también hay quienes adoptan a los NN de los osarios y las fosas comunes, un alma anónima de una persona como aquel vecino que murió en un accidente o aquel familiar que murió en un atentado. Después de los trámites y burocracias policivo-judiciales, el “occiso” comienza un proceso de rehumanización impulsado por los devotos. La antropóloga Gloria Inés Peláez (2001) afirma que “si las almas sufren, ¿Quiénes mejor que ellas comprenden los sufrimientos y quiénes más que ellas necesitan de las oraciones de los vivos para terminar su purgatorio?”.



Otra particularidad del culto a las almas del purgatorio es la de los personajes que adquieren un cariz milagroso y un aura de santidad. En el Cementerio Central de Bogotá las tumbas de Leo Kopp y Julio Garavito Armero, entre muchas otras, son lugar de plegaria colectiva y permanentes ofrendas. Así, una tumba conecta este camposanto con el Cementerio del Sur en una devoción que se lleva a cabo de forma paralela en los dos, esto es, el culto a Maria Salomé. De ella la tradición popular ha hecho una santa. En algún momento se convirtió en sujeto de devoción de las trabajadoras sexuales del vecino barrio Santa Fe y así también corrió el mito de que fue prostituta. Una mujer humilde de origen campesino, según las personas que directamente la conocieron y le rezaban en el sector del cementerio de pobres del Cementerio Central.

Un fervoroso devoto compró un lote en el sector de la elipse, lugar donde están las tumbas de varios expresidentes y personajes de la política colombiana y allí fueron llevados sus restos. Pero en 1980 son trasladados al Cementerio del Sur, donde ocupa una tumba rodeada de mausoleos de trabajadores y sindicatos. Las dos tumbas, la del cementerio de Matatigres y la vacía del Cementerio Central, siguen siendo lugar de culto y fervorosa expresada en ofrendas, flores, placas de agradecimientos, exvotos, novenas y velas. Existen además en el Cementerio del Sur diferentes lugares de culto masivo a las almas como la capilla de la Virgen del Carmen, antigua entrada lateral del camposanto.



En 1962 el Concilio Vaticano II eliminó la creencia de las benditas almas, por considerarla una práctica pagana. La devoción impugna ese orden establecido, se sale de los cánones de la institución religiosa y se permea de toda una imaginería popular, mágica, que confiere atributos poderosos a las almas de personas del común. Se salta las burocracias del Vaticano que ponen y quitan santos y se basa en la experiencia del vecino de oración que recomienda a sus almas como proveedoras de favores y milagros.

Según el antropólogo Germán Ferro (1999), “una práctica religiosa es potencialmente capaz de afirmar y revitalizar identidades, renombrar territorios, conectar fronteras y regiones aparentemente disímiles, construir proyectos de vida propios y expresar conflictos sociales”. En ese sentido la práctica de culto a las almas en el Cementerio del Sur y sus antiguas fosas comunes, afirma una identidad popular, obrera y comunitaria propia de los barrios del sector, conecta un amplio número de personas permitiendo que se establezcan nuevos lazos de confianza y diálogo, como sucede entre los devotos y las vendedoras de velas, y permite la construcción de un proyecto personal, familiar o común, expresado en las peticiones por salud, trabajo, bienestar y protección que se les prodigan.



En 1990 Claudia y Gonzalo se casan en la capilla de la Universidad Nacional y compran una casa en San Mateo, barrio del vecino municipio de Soacha. La casa entre semana es solamente dormitorio, pues a las 4:30 AM pasa la ruta por Ómar, para llevarlo al colegio en Villa Mayor en un recorrido que incluye los barrios La Despensa, Leon XIII, Olarte, Perdomo, Galicia y San Vicente, y muy temprano también salen Gonzalo y Claudia hacia sus trabajos. Entre tanto a esas horas ya Pedro hace su recorrido matutino hacia la casa del Cinco de Noviembre, donde viven sus hijos Pedro y Alejandro. Incluso con la distancia considerable del nuevo hogar, la vida de Claudia, Gonzalo y Ómar se sigue desplegando en la casa del Cinco facilitada por las labores de Pedro, quien todos los días, excepto los fines de semana que viaja con su nieto a Manta, recorre ese triángulo urbano que enmarca a Villa Mayor y a las fosas del Cementerio del Sur para cumplir con sus obligaciones como amo de casa.

A mediodía Pedro recoge a su nieto en el colegio, caminan hacia la casa y repasan el acontecer mundial, porque el abuelo y su nieto que ya tiene ocho años, hablan de las noticias que los dos leyeron u ojearon en el periódico: la invasión a Panamá para derrocar a Noriega, la caída del muro de Berlín, la libertad de Nelson Mandela, la dejación de armas del M-19, el asesinato de los candidatos a la presidencia Bernardo Jaramillo Ossa de la Unión Patriótica y Carlos Pizarro, de la Alianza Democrática M-19, la llegada de César Gaviria a la presidencia, la guerra del Golfo Pérsico o el gol de Freddy Rincón contra Alemania en el Mundial Italia 90.



Con esfuerzos Gonzalo y Claudia han cambiado su Renault 4 por un Renault 12 rojo, en el que los fines de semana van a elevar cometa desde San Mateo hasta el túnel de la carretera Sibaté-La Aguadita, o a la bendición de carros del Santuario de la Virgen de la Salud de Bojacá. Los sábados también trabajan y habitualmente Claudia lleva a Ómar a la oficina donde se entretiene haciendo dibujos con las plantillas arquitectónicas. Pedro sigue viajando con Ómar a Manta a las jornadas de cosecha de café, chirimoya y tomate de árbol, a tomar chicha frente a la plaza de mercado, a comer pandeyucas y garullas y a las ferias y fiestas a ver corridas, espectáculos pirotécnicos y conciertos de Emeterio y Felipe, los Tolimenses.

El domingo vuelven cargados de cajas con garullas, pandeyucas, morcillas, arepas, pescuezos de gallina, panelitas y tamales. Los recogen Claudia y Gonzalo en el terminal, donde a veces tienen que esperar horas por algún retraso de los buses Valle de Tenza y Flota la Macarena. Entonces van a la casa del Cinco de Noviembre, Pedro reparte los encargos y antes de que llegue la noche, Gonzalo, Claudia y Omar, lo llevan a la casa de Belén. Acto seguido toman la Autopista del Sur en dirección a San Mateo, sufriendo los eternos trancones del plan retorno, pues les toca acometer una autopista por donde entran millares de personas que vuelven de los municipios veraneros, Melgar y Girardot.

Llega el lunes, la madrugada para dejar a Ómar en la ruta, alistarse y salir hacia sus trabajos, cumplir con la jornada y antes de volver a San Mateo, pasar por el cementerio para la cita con las almas. Doña Mercedes a veces falta a su lugar de trabajo de los lunes por cuestiones de salud, pero del negocio se encarga Bárbara, a la que comienzan a acompañar ya sus propios hijos. Gonzalo y Claudia encargan las habituales velas blancas. Las llamas hacen que las almas sientan una sed permanente, por lo que algunos devotos dejan vasos de plástico junto a los muros y las velas que han encendido; por la misma razón, y con la convicción de la protección prodigada por las almas del purgatorio, en Colombia se acostumbra derramar al piso el primer trago de una botella de licor recién abierta, “para las benditas almas”.

Claudia y Gonzalo no les dejan agua en el cementerio, pero sí les ofrecen a las almas el primer trago de aguardiente cuando se reúnen en familia para la fiesta navideña del barrio o en la feria de Manizales, ciudad que visitan todos los eneros para visitar a Félix, el mayor de los cuatro hijos de Pedro y que aún vive allí. Mientras disfrutan la feria, van el lunes a rezarle a las almas al Cementerio de San Esteban o a la cripta en la iglesia de San Antonio donde yace Aleyda, esposa de Pedro y madre de sus cinco hijos, quien murió cuando aún eran niños.

Las ferias, fiestas y carnavales son un aliciente para que los colombianos soporten el peso de su realidad. Los noticieros que ven Pedro y Ómar a las 12:30 y a las 7:00 PM siguen anunciando atentados, masacres y hechos violentos. Pero se destaca la proclamación de una nueva constitución, por medio de una asamblea encabezada por Álvaro Gómez, conservador, Horacio Serpa, liberal, y Antonio Navarro, excombatiente del M-19 acogido al proceso de paz que permitió la candidatura del inolado Carlos Pizarro León-Gómez; así como la desmovilización del Ejército Popular de Liberación EPL y el Movimiento Armado Quintín Lame. La guerra continúa: en el campo, en los ríos, en las selvas y en las ciudades y todos sus actores a veces son aliados, a veces enemigos.



"Fosa en el platanal, el aire huele a mal" *

*El Platanal, canción de 1280 Almas

Ante los manejos dados en décadas anteriores y el destino trágico del sector norte del Cementerio del Sur convertido en una enorme fosa común, en la década de los noventa el lugar acarrea una gran decadencia. La deficiencia en espacio público era evidente en la carencia de andenes y alumbrado público, al no existir un cruce peatonal seguro los devotos se jugaban la vida cruzando las avenidas que nacen o llegan a Matatigres y algunas calles aledañas como "la Culebrera", frontera de las fosas con el barrio San Jorge Central, eran intransitables para los vecinos del barrio en horas de la noche.

En la administración del alcalde mayor Jaime Castro se estableció el acuerdo 31 de 1992 "por el cual se adopta el Plan de Desarrollo Económico y Social de Obras Públicas de Santafé de Bogotá, Distrito Capital, para el periodo 1993 a 1995" y fue aprobado el 7 de diciembre de 1992, por el Concejo de Bogotá. En este se establece en el parágrafo del artículo 64 que "La administración retirará las fosas comunes que se encuentran ubicadas en el Cementerio del Sur y las ubicará fuera del perímetro urbano".



Mientras tanto los habitantes de los barrios vecinos, Villa Mayor, Eduardo Frei y San Jorge Central, constantemente se quejan de los malos olores que emanan de las fosas y de las ratas y mosquitos productos de las pésimas condiciones sanitarias del lugar. En el lote también se incineran restos humanos y en las temporadas de verano las velas que los deudos dejan encendidas en las tumbas generan incendios que se expanden fácilmente por el pasto seco. Situaciones que generan columnas de humo que arrastran el hedor a las zonas residenciales. Adonai Caro, presidente de la JAC de Villa Mayor entabló en 1994 una acción de tutela -recurso legal estrenado con la Constitución de 1991- con la que un juez dio plazo de 48 horas a la Empresa Distrital de Servicios Públicos EDIS, para tomar acciones provisionales para contrarrestar las incineraciones y los malos olores, sin embargo, la situación continuó sin solución prácticamente lo que quedó de la década.

Las fosas se iban llenando diariamente gracias a diferentes formas de violencia urbana, incluidos accidentes de tránsito y suicidios de personas no identificadas. En Colombia el paramilitarismo se intensificó ante la complacencia y complicidad de diferentes aparatos del Estado y Bogotá no estuvo exenta de la situación. En los años noventa la ciudad padeció el fenómeno de la “limpieza social” que no era nada diferente de asesinatos sistemáticos como señal de control de zonas de la ciudad especialmente del sur y el oriente, siendo los años de 1996 y 1997 los más elevados en número de víctimas.

También se incrementó la violencia producto de enfrentamientos y persecuciones entre pandillas. Todas las semanas dejaban un saldo de muertos y desaparecidos entre indigentes, consumidores y expendedores de drogas, prostitutas, pandilleros, presuntos delincuentes e inocentes que estaban en el momento y lugar equivocado. Otro tanto más de personas cuyos cuerpos llegan a las fosas y cuyas almas se suman a las milagrosas del purgatorio para interceder también en las peticiones de protección por parte de los pandilleros, los habitantes de calle y otros grupos marginales que las visitan los lunes.

La Calle del Cartucho en el barrio Santa Inés, era un submundo de ilegalidad pero también lugar de humildes recicladores y habitantes de calle. Durante toda la década fueron objetivo principal de los escuadrones de limpieza social que los asesinaban sin reparar si su víctima era drogadicto o no, delincuente o no y encima los invitaba a sus funerales por medio de carteles fúnebres puestos en las paredes del centro de la ciudad. Muchos también murieron en manos de la Policía que les iba dando palizas por la calle, llegando a matar en 1993 a Miguel Ángel

Martínez “Poeta Negro”. Su cuerpo fue acompañado hacia una bóveda del Cementerio Central por una multitud de parceros de la calle en cabeza de Comanche, carismático líder que denunció ante el Concejo de la ciudad las permanentes persecuciones que sufrían en una sociedad que por igual los calificaba con el despectivo apelativo de “desechables”. Comanche murió en 1996 a los 68 años y su cuerpo fue registrado en medicina legal como NN, posiblemente hubiera terminado en una fosa del Cementerio del Sur si no lo hubiera encontrado Margarita Hortua, una amiga suya, después de una búsqueda de varios días.

Según registros del Instituto de medicina legal en 1993 se enterraron 242 cadáveres, de los cuales 117 eran de indigentes. Por la época, la banda bogotana Catedral, cantaba en su tema *El Poeta*:

Miles de pies descalzos lloraron su destino,
fueron los diablos verdes que le dieron castigo,
los golpes en su cuerpo fueron como cuchillo,
mataron al poeta, un tártaro mendigo.

Sin embargo la mayor parte de los habitantes de calle asesinados, no tuvo cortejo fúnebre ni canciones en su memoria, sino una indigna y anónima sepultura en las fosas de Matatigres o las del Cementerio Central.



Calle del Cartucho en 1993. Basado en fotografía de la cuenta de Twitter @historia_bogota.

Las almas han escuchado las peticiones de Claudia y Gonzalo. En 1993 a la familia llega Laura, la esperada hija, hermana y nieta. Pedro acude hasta San Mateo para cuidar los primeros días de la dieta materna, pero pasada esta, Claudia debe volver al trabajo y la familia incorpora una nueva rutina. Ómar está en bachillerato y ahora estudia en el barrio Fátima, es llevado al colegio por sus papás que luego llevan a Laura a la casa del Cinco de Noviembre donde ya está esperando Pedro. Los cuidados que prodigó a Ómar, ahora los brinda a Laura: le prepara el biberón, le cocina, le cambia los pañales, juega con ella y la toma en sus brazos para bailar tango.

Entre tanto comienzan las obras que cambiarán para siempre el perfil urbano de Matatigres. Para desenredar un nudo de vías difícil de resolver, se demuele una manzana triangular de talleres mecánicos contiguo al Canal de Río Seco, cuyas aceras de tierra compactada por una capa de aceite de motor y otros fluidos automotrices dejan ver un arco iris denso cuando llueve y se forman charcos. Un semáforo precariamente modulaba el paso de la Carrera 27 hacia los barrios Inglés y Claret. También se amplía la avenida Jorge Gaitán Córtes, que desde Matatigres hasta la Calle 44 Sur solamente tenía un carril, se construyen retornos en U sobre la avenida 27 y comienzan las adecuaciones para la futura construcción de un puente.



Años de escasez de agua, racionamiento y cambio de hora. El gobierno de César Gaviria ordenó adelantar los relojes una hora y la vida de los colombianos comenzó más temprano. Ómar llega al colegio de noche y muere de sueño en las clases, al salir del colegio toma un bus, pero si se gasta lo del bus en maquinatas o comida rápida, camina hasta el Cinco de Noviembre. Pedro calcula la hora de su llegada y sale a la esquina del barrio a esperarlo.

Los lunes después del enorme circuito que deben sortear desde altas horas de la madrugada, Claudia y Gonzalo cierran su recorrido con la visita al Cementerio del Sur. Por algún tiempo el culto habitual se traslada a la puerta posterior del Cementerio del Sur, con un andén más amplio, un par de postes que iluminan el lugar y con todo, un panorama menos lúgubre. Un cálido saludo a doña Mercedes y Bárbara, seguido de la compra, encendida y puesta de las velas en las latas dispuestas para recoger el sebo. Ómar se queda en el carro cuidando a Laura y en lugar de rezar a las almas, prefiere escuchar un casete pirata de 1280 Almas, banda de rock bogotana que ese año publica su debut, *Háblame de horror*.



El horror de las fosas no se reserva solamente a suicidas, habitantes de calle, desaparecidos políticos o víctimas anónimas de la violencia. Al señor Amaya, hincha furibundo de Millonarios que administró durante algún tiempo el Cementerio del Sur, lo encontró la muerte en el éxtasis de un partido en el Campín. En sus ropas deportivas no había cédula que lo identificara y como destino trágico las autoridades lo dieron por NN, por lo que sólo fue identificado cuando su cuerpo llegó a las fosas comunes que regentó y los sepultureros lo reconocieron.

En las afueras de ese cementerio que no distingue condiciones sociales ni laborales, doña Flor María sigue vendiendo flores y la acompañan sus hijos, sobre todo José. El negocio se ha expandido y ahora venden un muy oportuno tinto, aromática o maizena caliente a los devotos para el viento helado que corre por la Carrera 30. El viento que arrastra las basuras y papeles que se acumulan en los andenes de las fosas, y que una vez llevó a los pies de José un billete de lotería sobre la acera de tierra, lo recogió y tras algunas indecisiones hizo un chance con el que ganó algún dinero. Las almas parecen ser tan poderosas que algunos devotos hacen chances con los números de protocolos de los NN y esperan a los sacerdotes que por caridad ofician sus servicios en las fosas comunes del Cementerio de Matatigres para preguntarles los números milagrosos que les permitirán ganar algún dinero.



Los cuerpos se van y las almas se quedan

En 1996 el concejal Enrique Vargas Lleras presentó un proyecto para la construcción de un parque metropolitano en el terreno de las fosas comunes. El Plan de Desarrollo Local de la alcaldía de Antonio Nariño del año 1998 incluyó la creación del Parque Metropolitano del sur en los predios donde funcionan las fosas comunes. Desde 1992 ya se había decretado su retiro, pero el lugar quedó largo tiempo abandonado y siguió activo como espacio de culto. El Decreto 469 de 2003, "Por el cual se revisa el Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá D.C." ratificó la construcción del Parque Zonal Villa Mayor. La primera fase de las intervenciones para intervenir el predio comienza en el 2004 con la clausura de las fosas, la demolición del muro sobre la carrera 30, la construcción de un cerramiento en reja y un andén. El interior del lote de las fosas seguía siendo visitado los lunes durante el día por deudos y devotos que visitaban las tumbas ocultas entre el largo césped en compañía del Mexicano.



Quedó en pie la alta y larga pared que separa el lote de las fosas y el barrio Villa Mayor. Desde la carrera 30 la reja deja ver el enorme potrero donde el pasto sin podar ha cubierto las cruces por completo. Pero la situación la aprovechan expendedores de droga que a través de los ladrillos faltantes del muro intercambian mercancías y a menudo incriminan injustamente al Mexicano que sigue viviendo en su rancho entre las tumbas. También varias serpientes sabaneras se cuelan hacia la cancha deportiva y a menudo son encontradas en pleno partido ante el asombro de los vecinos de Villa Mayor. El barrio debe hacerse a la idea de la demolición del muro; una barrera construida por la cooperación de la comunidad, para protegerse de los peligros que ofrecía el camposanto, como lo relata Nadia Raquel Bernal en su crónica *Duro contra el muro* (2018).

En 2008 comienzan las exhumaciones de las fosas dispersas por todo el lote. Los ingenieros encargados de las obras comentaban con terror con los vecinos de Villa Mayor, los integrantes de la JAC y los funcionarios del Teatro Villa Mayor, los hallazgos de cuerpos, huesos, pertenencias humanas, entierros y amuletos de brujería. Durante la construcción del parque el ingeniero Erasmo Montaña reportó a la fiscalía el hallazgo de restos óseos calcinados al parecer de la fosa donde arrojaron los cuerpos que registraron en sus fotografías los periodistas holandeses. La fosa situada en proximidad al muro que separa el lote de la Subestación Eléctrica Muzú, ya había sido registrada por periodistas del Espacio, cuando el día 12 de febrero de 1986, tuvo lugar la fallida exhumación en busca de estos desaparecidos. Las alarmas estuvieron puestas a los tres meses de la toma, pero la resolución de los casos ha tomado incluso 20 o 30 años.

Con fosas o sin ellas el Cementerio del Sur sigue siendo un lugar de interés para investigaciones de carácter forense, bioarqueológico e histórico que tratan de dilucidar el panorama de los numerosos fallecidos de muerte violenta cuyos casos o identidades no se han resuelto. Sin embargo, la gran negligencia y falta de sistematicidad de las antiguas políticas de manejo de los despojos mortales característica de las fosas, dificulta la resolución de muchos de estos casos. En la década del 2000 nuevos protocolos rigen el manejo de cuerpos sin identificar, desde la Fiscalía y el Instituto de Medicina Legal, ahora los restos no se podrán enterrar en fosas comunes y se deberá llevar un registro más técnico y un trato más humano y se discrimina también entre Cuerpos no identificados (CNI), cuerpos identificados no reclamados (CINR) y cuerpos identificados presuntamente (CIP).

En el conjunto funerario del Cementerio del Sur, donde los muertos anónimos ocupan numerosas fosas en tierra y bóvedas, se tiene el registro de la mayor cantidad de cuerpos no identificados y cuerpos identificados no reclamados inhumados del país, de acuerdo a la investigación de los antropólogos Laura Melissa Vera y Óscar Prieto (2017) para desarrollar una metodología de abordaje integral de este tipo de restos. Esta es una investigación con propósitos metodológicos que además permitió la caracterización de los CNI, según la forma de muerte (natural o violenta) y determinar que la mayor proporción de las causas son violentas, en su mayoría de hombres y su mayor frecuencia coincide con los años más intensos de la limpieza social, el conflicto armado y la vigencia de la política de Seguridad Democrática del gobierno de Álvaro Uribe Vélez.



Laura ya tiene un año y la familia se ha mudado al barrio Castilla aunque sigue siendo la casa del Cinco de Noviembre el lugar del día a día. Muy temprano Claudia y Gonzalo la llevan hasta allí, donde Pedro está preparado para recibirla, darle el desayuno, pasearla en coche cuando hace sol, sanar sus golpes cuando se cae o se pega, y arrullarla cuando tiene sueño. Apenas ella duerme, él dedica largas jornadas de trabajo a embellecer su jardín. Construyó un cerco de madera, reemplazó el pasto kikuyo por lágrimas de bebé, plantó geranios, pensamientos y un caballero de la noche. Al cabo de una hora, cuando no se entretiene por el camino a casa, llega Ómar. Entre los dos lidian con el cuidado de Laura. Pedro es experto preparando teteros, cambiando pañales, sacando gases y entreteniendo a la niña con juegos y canciones y le enseña a su nieto como encargarse de estos cuidados.

En los últimos meses Pedro ya ha ido varias veces a Manta con su pequeña nieta, en tanto que Ómar cada vez lo acompaña menos, puesto que ahora tiene algunos intereses deportivos. Asiste a una escuela de baloncesto en el barrio Muzú y aprovecha los fines de semana para pasar tiempo con su tío Juan Pablo, entrenador del deporte en varios colegios y habitual participante de torneos como director técnico o jugador. El deporte une a la familia en divertidas tertulias en torno a los partidos del mundial de fútbol USA 1994. Y este alivio temporal para los dolores de un país desangrado por la guerra, también padece su ciega violencia cuando es asesinado Andrés Escóbar, defensa de la selección, por un trágico autogol que después conlleva a su eliminación del mundial.



La violencia ha tomado crueles matices con tomas a pueblos, masacres, voladuras de torres de energía, atentados a oleoductos y vejaciones perpetradas por todos los actores del conflicto, actores del Estado y grupos al margen de la ley. El país parece acostumbrarse a las noticias diarias sobre muertos en campos y ciudades, secuestros masivos de militares por parte de la guerrilla y derrames petroleros que dejan inconmensurables pérdidas ambientales y sociales. También ese año en Antioquia se legalizan las Convivir, grupos de seguridad conformados por civiles armados, que decantan en ejércitos paramilitares, con la aceptación del presidente Ernesto Samper y el gobernador del departamento, futuro presidente de la nación.

En la capital se avecina un cambio de rumbo en su administración con la elección como Alcalde Mayor de Antanas Mockus, exrector de la Universidad Nacional de Colombia, en años en que el menor de los hijos de Pedro, Alejandro, estudiaba ingeniería química, en el mismo campus donde Claudia se formó como arquitecta y que fue un espacio habitual en su vida familiar en sus primeros años de madre. Mockus hizo de la pedagogía y la cultura ciudadana la bandera de su campaña, sin embargo como rector, tal como presenció Alejandro, no dudaba en mostrar su trasero para acallar una multitud vociferante en el auditorio León de Greiff o bajarse la cremallera y orinar en una celda simbólica construida por estudiantes en la Plaza Ché Guevara durante un paro estudiantil.

Una campaña agitada complementada por el populismo hilarante de Carlos Moreno de Caro representando al Partido Conservador y la visión tecnócrata de Enrique Peñalosa que propone embellecer la ciudad a punta de ladrillo y concreto, portando el estandarte Liberal. A Peñalosa le lanzan boñiga de vaca en un debate en la Universidad Nacional y semanas después Mockus gana como candidato independiente. Evidente mensaje de la ciudadanía a un establecimiento político que cada vez es más difuso en sus formas.

En efecto, la cultura ciudadana también parecía una lógica difusa para una ciudadanía que no respeta los pasos peatonales, los semáforos en rojo, las normas de tránsito, las capacidades máximas de los vehículos de transporte público, ni el más mínimo sentido común al volante, como atestigua Gonzalo, que cambió el Renault 12 por otro Renault 4. Un lunes de 1994 sale de su trabajo, en el que ahora es administrador, recoge a Claudia en su oficina de Santa María del Lago y cruzan buena parte de la ciudad hasta el Cinco de Noviembre donde Pedro espera pacientemente con sus nietos. Toman la Autopista Sur para seguir por la Carrera 30 hacia el norte y llevan a Pedro hasta la casa de Belén. Ahora algunos lunes son día de una corta visita a la abuela Ana en el barrio Santa Sofía.

Después de la visita a la abuela Ana, volver al Cementerio del Sur para tener que ir luego a la nueva casa es imposible, así que esos días la cita con las almas se cumple en el Cementerio de Chapinero que en su puerta, frente al puente de la Calle 68 con NQS, recibe a los devotos que prenden sus velas. En el lugar se vuelven clientes de una vendedora de velas que pasa por vicisitudes similares a las de doña Mercedes y Bárbara. También la acompaña su hija adolescente, que permanentemente viste una ruana de lana y tiene las mejillas coloradas del frío.

El rezo es rápido, pues apremia el descanso después de tanto tiempo en carro soportando el tráfico de pesadilla de la Bogotá noventera. Una ciudad que despertaba todos los días con la noticia de un asesinato de un adolescente en Ciudad Bolívar, una prostituta del Barrio Santa Fe o un indigente de la Calle del Cartucho. Violencia urbana y política que asolaba al país y a la ciudad y que fue narrada por la música bogotana desde finales de los ochenta.

La gomela y Pilas! de Aterciopelados, *La Causa Nacional* y *Decadencia* de Sociedad Anónima, *Orden Público Alterado e Implicados* de Hora Local, *Fango* y *Sicarios* de La Pestilencia, *El Poeta* de Catedral, *Pasaporte Sello Morgue* de La Etnnia, *Por ti* y *El Platanal* de 1280 Almas, son apenas algunas de las canciones de los grupos que estaban emergiendo durante esa época, que cantan acerca de la violencia de las ciudades y el acontecer político del país y que Ómar comienza a recopilar en casetes piratas o grabados de emisoras, para escuchar mientras cuida a Laura en el carro y sus padres rezan.



Un parque para las almas

Llegó el momento de la demolición del muro que separaba el lote de las fosas comunes y el barrio Villa Mayor en el año 2009. Cuando el muro cae, se abre una brecha visual que estuvo cerrada por años entre los barrios Villa Mayor y San Jorge Central, entre la Autopista Sur y la Carrera 30. También fue desalojado el Mexicano, que se dedicó al reciclaje y rondó el sector hasta que fue atropellado por un carro fantasma en el barrio Santander y murió cinco días después el 13 de abril del 2011 en el hospital Santa Clara.

Aunque se llevaron a cabo exhumaciones de las tumbas en tierra, devotos, visitantes y comerciantes del cementerio y vecinos de todos los barrios, coinciden al afirmar que en el lugar aún permanecen los restos de numerosos muertos. Que el lote sigue siendo un camposanto. Esta transición del cementerio de muertos anónimos a parque tuvo una intención urbanística estilística, afín al embellecimiento y recuperación del espacio público que pregono Enrique Peñalosa cuando por fin fue alcalde mayor entre 1998 y el 2000 y que incluyó el desalojo a veces violento, de vendedores informales, la expropiación y demolición del barrio Santa Inés y la Calle del Cartucho para la construcción del parque Tercer Milenio y la demolición del Globo C del Cementerio Central, -cuyos ocupantes fueron trasladados a los mausoleos del Cementerio del Sur- para la construcción del Parque Renacimiento.



Proyectos que con la dotación de infraestructura urbana para la recreación pasiva o activa, buscaban transformar entornos urbanos marginales o con serios problemas sanitarios, sociales y ambientales en entornos más amables al alcance de una ciudadanía más amplia. Pero que desnaturalizaron la memoria de sus gentes y despolitizaron sectores y espacios públicos con una fuerte carga política, social e histórica.

En el 2009 comienza la construcción del parque, pero algo no cambió y fue la concurrencia de devotos a las almas, que ahora aprovecharon la reja que reemplaza al muro para colgar bolsas de agua, flores y ofrendas de todo tipo. En el entorno también se adelantaron grandes transformaciones urbanas: la Autopista Sur ya era una troncal del sistema Transmilenio desde el 2005 y en una parte del potrero donde salían los niños que estudiaban en el Liceo Castillo del Saber, que ahora se llama *Walt Whitman*, se construyó hacia el 2003 un almacén de cadena, que luego se integró con la construcción del Centro Comercial Centro Mayor en el 2010.

Se habilitó una entrada que comunica al antiguo parque de Villa Mayor, que ya cuenta con teatro, iglesia y cancha sintética, con el nuevo parque, integrando a los dos como Parque Zonal Villa Mayor. De la gestión del parque del barrio, muy a pesar de varios líderes comunales, comenzó a encargarse el Instituto Distrital de Recreación y Deportes, entidad a la que le fueron cedidos los terrenos de las antiguas fosas. Sin embargo, la naturaleza del lugar determinó que no se construyeran dentro del nuevo parque, canchas ni instalaciones deportivas. En cambio se consideró que fuera un parque de recreación pasiva, con césped, arbustos y un sendero adoquinado que casi sigue la ruta del camino que se abría paso entre el potrero y el canal que desaguaba en el extremo del costado de la autopista sur. También se levantó un monumento que no tiene información de su autor ni a qué o a quién está dedicado.

Se vivieron conflictos entre la administración del parque y la población vinculada a la devoción a las almas del purgatorio en los primeros años del cambio de uso y paisaje del lugar. El sebo de las velas manchaba y hacía resbaloso el andén adoquinado, así que por el diálogo entre las partes -parque y devotos- se dispusieron una especie de asadores en metal con una superficie para quemar las velas. Debajo de estas una caneca de metal cortada recoge el sebo. Durante toda la semana los “quemadores” están a buen resguardo en la administración del parque. Los lunes por la mañana son sacados a la acera donde bien temprano llegan vendedoras

de velas y devotos. Así entre ambos ponen de su parte para que la práctica religiosa, se pueda mantener en un espacio recreativo, en buenas condiciones de cuidado del espacio público. El parque cierra sus puertas a las 6:00 PM.

En esos años iniciales los devotos también entraban al parque junto al muro de la subestación eléctrica Muzú. Quemaban sus velas, colgaban sus bolsas de agua, eventualmente alguien hacía entierros de brujería y varios deudos instalaron placas de agradecimiento por los favores recibidos. A pocos metros de allí, un jardín florido y fértil adorna el lugar donde estuvo ubicada la fosa de los desaparecidos del Palacio de Justicia. En el 2019 Codensa restringe el paso a este sector con cinta de peligro y desmontan las placas, pero en el exterior, en el lado más cercano a la subestación, también se llevan a cabo los ritos de devoción y súplica, de las rejas cuelgan numerosas bolsas de agua y las velas se prenden en el piso sobre una canaleta de concreto.

El jardín, zona restringida del parque, de acuerdo a una vecina del barrio San Jorge Central, está cercado porque eventualmente podrían solicitarse exhumaciones. El cierre del jardín también obedece a razones de conservación de fauna pues es habitual que allí aniden los alcaravanes y otras aves migratorias.



7 mediados de 1994 la familia recibe la sorpresa de un nuevo integrante. Un nuevo embarazo que concluye con el nacimiento de Nicolás, tercer hijo del matrimonio, en el hospital San Rafael en marzo de 1995, donde una de las primeras visitas fue la de Pedro y Belén. Instalada junto a su pequeño recién nacido en la Casa de Castilla, cada dos días Claudia y el bebé reciben la visita plébrica de cuidados de Pedro. Allí traslada varias de las funciones que cumple en el Cinco de Noviembre, prepara el almuerzo de Claudia, la ayuda a cambiar pañales, cuida a Laura, juega con ella, la arrulla para que duerma y cuando le toca hace lo mismo con Nicolás para que Claudia descanse. Al salir del colegio, Ómar toma un bus por la avenida Boyacá y se va directamente a Castilla, a donde llega cerca de la 1:30 PM, cuando Pedro ya tiene listo el almuerzo y se apresta a irse a su lugar junto a Belén. Los días que Pedro no va a cuidar a Claudia, Laura y Nicolás, Gonzalo lo hace, esos días Claudia recibe una llamada de su padre apenas llega al Cinco de Noviembre.

Han pasado 18 días desde que nació Nicolás. Es 23 de marzo de 1995. Claudia está sola con Laura y Nicolás, Gonzalo ya se ha ido a trabajar al restaurante y Ómar al colegio. Son las 7:00 AM, Pedro ya debía haber llegado al Cinco de Noviembre, así que Claudia se inquieta por la demora de esa llamada vital. Un mal palpito se apodera de ella cuando las noticias de la mañana anuncian un gigantesco trancón en Matatigres por un accidente en la carrera 27 frente al Cementerio. Preocupada por la demora de Pedro, llama a Gonzalo y a este su jefe le permite salir del restaurante para resolver la situación, pues lo quiere como a un hijo. Va hasta la casa del Cinco de Noviembre donde viven Alejandro y Pedro Fermín, pero ellos tampoco tienen noticia de su padre.

Gonzalo y su cuñado Pedro deciden salir a buscarlo. En Matatigres ya no hay trancón, pero sí el congestionado tráfico que se complica con las obras públicas. Llegan al CAI de Matatigres, piden información y vagamente con algo de desidia el agente encargado les cuenta que alguien murió atropellado por una buseta a las 5:30 AM, el conductor huyó y el cuerpo está en medicina legal. El policía no recuerda el nombre del finado y para confirmarlo saca de una bolsa su billetera, de inmediato Gonzalo y Pedro Fermín reconocen la billetera de cuero de Pedro.

Ese día es la elección de personero en el colegio de Ómar, así que no hay clases sino un largo día de votaciones y juegos en el patio. En medio de un partido de baloncesto, Ómar ve de repente a Gonzalo y a su tío Pedro que avanzan hacia él presurosos. Ómar teme por su pequeño hermano, pero en medio del abrazo, se entera que fue su abuelo quien se ha ido.

Al día siguiente cientos de almas vivientes acompañan el féretro de Pedro y a su familia en el Cementerio Jardines del Apogeo. Demasiadas personas, entre familiares que no veían desde muchos años atrás, todos los vecinos del Cinco de Noviembre y personas que viajaron exclusivamente desde Manta o Manizales a despedirle. Todos coinciden en su admiración y respeto, varios comentaron durante las exequias lo mucho que aprendieron de él. Como si la escena no fuera suficientemente trágica, se precipita un tremendo aguacero mientras todos se despiden de Pedro, alma bendita. La ciudad continúa su marcha, los muertos siguen llegando a los cementerios, con nombre o sin él y al infierno lleno de gozo, cielo lleno de dolor que es el purgatorio, nuevas almas ocupan su lugar para interceder por los vivos y procurar su bienestar.



EPÍLOGO

En el año 2000 se ponen en funcionamiento los hornos crematorios del Cementerio del Sur. Ese mismo año se entrega a la ciudadanía el puente de Matatigres, con forma de Y, que permite la conexión desde la carrera 30 hacia el sur, con la Avenida Jorge Gaitán Cortés, o con la transversal 23, entrada a los barrios Inglés y Claret que pasa junto al Cementerio Hebreo, o “de los Polacos”. Para resolver el enlace de la Jorge Gaitán Cortés con la Carrera 30 hacia el norte por medio de un paso deprimido, se demuelen varias manzanas del barrio Bravo Páez, entre ellas las que están frente al CAI, donde están el asadero Las Vegas, la taberna Las Vegas Inn, una escuela de conducción y una whiskería. Igualmente desaparece el CAI con sus palomas y jardines.

Después de la muerte de Pedro para la familia de Claudia y Gonzalo la vida se concentró en la casa de Castilla y cada vez fueron menos frecuentes las visitas al Cinco de Noviembre. En 1998 Claudia se asoció con don Alfonso, su jefe, por más de diez años. Gonzalo renunció al restaurante y se sumó a la sociedad que comenzó sus labores en una oficina del barrio Siete de Agosto. Los lunes, días de comité, salían de la oficina y antes de ir a su casa pasaban a rezar rápidamente al Cementerio del Norte. Poco a poco la costumbre de rezarle a las benditas almas los lunes se fue disipando, Claudia y Gonzalo siguieron siendo creyentes pero ahora no rinden culto a las imágenes y establecen su vínculo con Dios de forma directa.

Sin embargo, la tradición y los nuevos devotos, no cesan. Aunque pierdan devotos, tal vez pocos por las advertencias de que las almas se manifiestan cuando el deudo no cumple su parte, también siguen ganando adeptos. Crece la devoción y crece el comercio popular que la acompaña. En un lunes cualquiera del año 2022, Bárbara, en compañía de dos de sus hijos, carga el carro de la familia con el mobiliario y los productos de su puesto de velas frente a la entrada del parque zonal Villa Mayor. Llega a las 7:00 AM y antes de esa hora los vigilantes del parque, sacan unos asadores hechos en lámina, varilla y malla de hierro, que instalan en el andén, fuera del parque junto a la reja que lo encierra y la puerta por donde ingresan vecinos y vecinas que van a pasear a sus perros o a las clases para aprender a montar bicicleta que ofrece el Instituto Distrital de Recreación y Deporte.

A mediodía hacen una pausa y, sin retirarse del puesto, almuerzan lo que han cocinado muy temprano en su casa. Cerca de las 3:00 PM llega don José con sus termos, a veces acompañado por su madre, Flor María. Conforme pasa la tarde el lugar se va llenando de devotos y la carrera 30 se va llenando de carros y motos estacionados frente a la entrada del parque. Junto a doña Bárbara otras mujeres venden también velas, tinto y artículos religiosos. A las 4:00 PM comienza el pico de su jornada laboral, cada vez llegan más personas al lugar, oficinistas de saco y corbata, de sastre y tacón, trabajadores y trabajadoras de blue jean y camisa, de overol, jóvenes con gorra de algún equipo de baloncesto y atuendo hiphopero. Llegan parejas, familias, parches, parceros y gente solitaria.

También llegan fieles leales de poco tiempo atrás, como Judy que a las 5:00 PM sale de su trabajo en su moto con rumbo al parque Villa Mayor. Desde hace tres años vive en Soacha en su apartamento propio. Antes vivía en el barrio San Carlos y tras el consejo de una prima, decidieron visitar el parque Villa Mayor para prender unas velas a las almas pidiéndoles intermediación para temas urgentes en sus vidas. Al poco tiempo la prima desistió de la devoción porque se aburrió de esperar que las almas se manifestaran, pero con fé y sobre todo paciencia, Judy no interrumpió sus visitas. Comenzó haciendo los Nueve Lunes, pero luego continuó todos los lunes seguidos.



Las pacientes peticiones comenzaron a dar fruto cuando después de intentos fallidos, Judy pudo acceder a un crédito para comprar el apartamento. Judy también le da su reconocimiento a las almas por su intermediación para resolver conflictos laborales o conseguir mejores empleos. Ellas la escucharon para que pasara de trabajar en una IPS a trabajar en un centro educativo de auxiliares de enfermería, donde se siente más cómoda. La primera vez que ella fue al lugar se acercó a doña Bárbara y esta le dio algunas recomendaciones para la encomienda. Comprar las velas según el color que se relaciona con sus peticiones. Prenderlas con fósforos una por una y no de otras velas que ya estén prendidas -aunque muchos devotos las encienden de esta manera-. Luego con fe y devoción, rezar por ellas, pedir su descanso de las penas que pasan en el purgatorio y hacer este pacto de oración y súplica por intermediación para sus peticiones.

Las almas se demoran pero cumplen, y cumple Judy que todos los lunes les hace promesas, les paga una misa con el padre Darío de Jesús, quien oficia en el Cementerio del Sur y a las 4:30 traslada su puesto de trabajo a la entrada del parque Villa Mayor, para dar misas cada hora desde las 5:00 PM. Compra un paquete de velas de sebo de nueve colores, el combo completo de peticiones, manda bendecir las velas con el sacerdote y, después de la misa, con mucha fe y convicción, se acerca a alguno de los quemadores, prende las velas con sus propios fósforos, se persigna, ora, habla con ellas, ruega para que las almas más olvidadas, de quienes



mueren en el olvido, tengan descanso y se liberen de las penas del Purgatorio, se encomienda a su madre y a su abuela, que son sus almas protectoras y les pide que intercedan con Dios para que le ayuden en lo que necesita, pues a las almas se les pide con más confianza porque las almas son como uno.

Cuando no está en Bogotá Judy busca el cementerio del sitio donde se encuentre para cumplir su cita con las almas y al pasar en su moto por cualquier camposanto las saluda con un pitazo. Después del rezo siente una sensación de tranquilidad, de desahogo, de que alguien la ha escuchado y atenderá sus peticiones. Sabía que era un cementerio lúgubre aunque no lo conoció antes de ser parque y en cambio disfruta de su paso por el lugar, percibe la condición humilde y trabajadora de quienes más lo frecuentan y siente la enorme energía colectiva del rezo y la devoción. Dice la biblia que donde oran muchos, Dios escucha más. Son poderosas porque son muchas oraciones y la unión hace la fuerza.

La devoción a las benditas almas del purgatorio es prueba de que los cambios urbanos no necesariamente desplazan las manifestaciones culturales, que estas se adaptan, mutan e incluso congregan una población cada vez mayor. El culto es directo, sin intermediarios, por razones del ámbito cotidiano y por eso sigue siendo tan popular. En su



investigación, *De fosa común a parque verde: memoria de la violencia, amabilización y repolitización del espacio público* (2020) Jairo Clavijo y Juan Camilo Ospina afirman que “el culto repolitiza el espacio y se recuerda que ese lugar tiene una historia de drama social y humano el cual no se borra con las reformas urbanísticas, pues permanece en la memoria de la gente a través de esta práctica religiosa”.

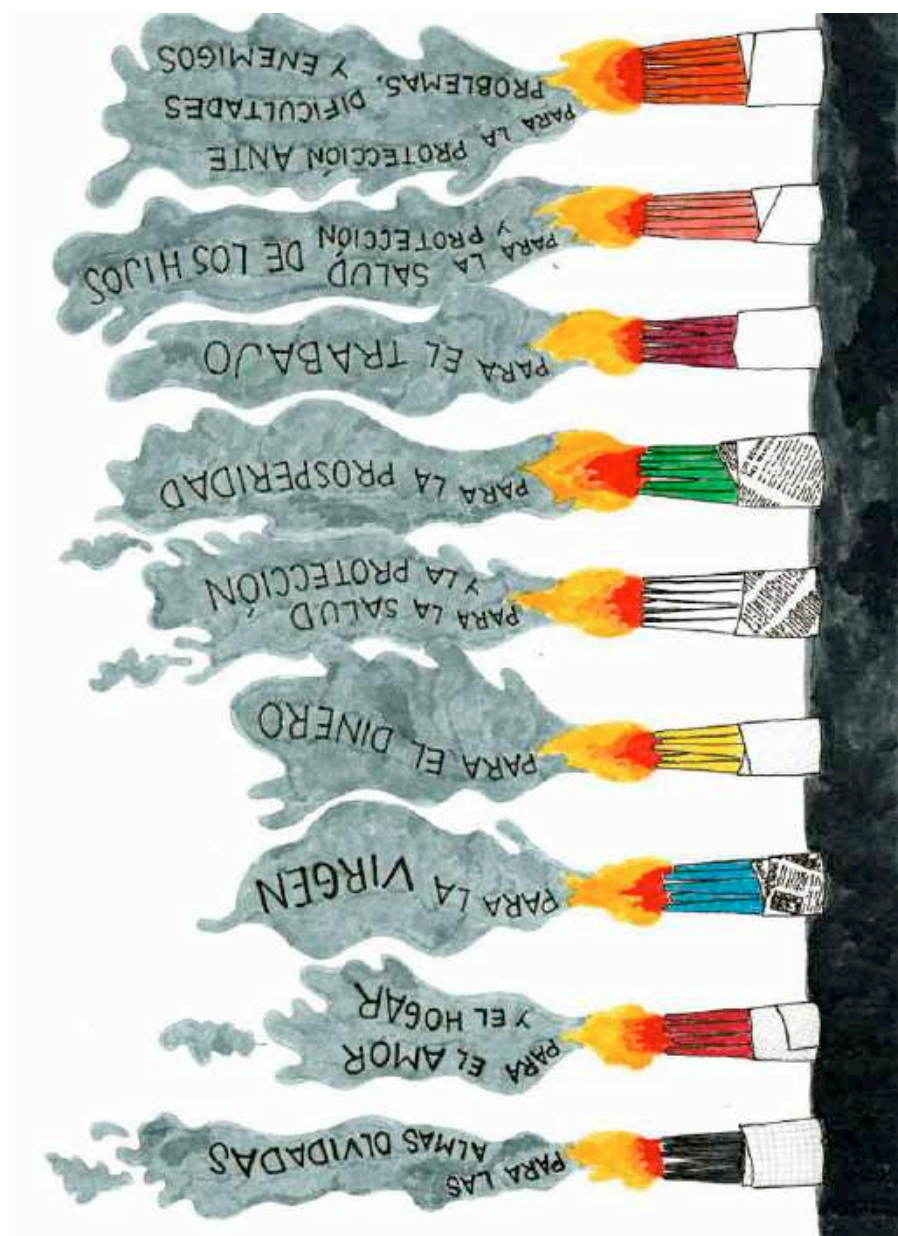
Desde esos tiempos cuando Bárbara acompañaba a su madre los lunes a las afueras de las fosas para venderles velas a los devotos, al año 2022 han cambiado varias cosas. Ahora a ella, doña Bárbara, la acompañan sus hijos, que ayudan en el montaje de la carpa y la envoltura en papel de cada paquete de velas. Las velas siguen siendo de sebo, pero ahora son de colores, antes era tradicional que estas fueran blancas o negras, mientras que hoy vienen en nueve colores distintos, nueve como los días de novena a las almas, y estas las elaboran manualmente durante toda la semana en la fábrica de su nuera. El sebo se colorea con una sustancia llamada Vausoline y los colores de las velas corresponden a un código de peticiones particulares, aunque las velas que más se venden siguen siendo las blancas.

Sin embargo, el cambio más notorio es que las fosas comunes ya no existen. No existe más el largo y alto muro que las separaba del barrio Villa Mayor, que visto desde las gradas del estadio del parque recreativo, sólo dejaba ver los cerros orientales, sus barrios más altos y la torre de la iglesia del barrio Santander, Nuestra Señora de la Paz. Un cambio necesario en el entorno urbano de todas maneras, aunque las disputas entre los vecinos de Villa Mayor, Eduardo Frei y San Jorge Central con el cementerio, continúan, pero ahora por el efecto adverso del humo que sale de los hornos crematorios.

Vecinos y vecinas de estos barrios diferencian este parque que ocupa las antiguas fosas, con sus prados, arbustos y sendero peatonal, de aquel parque principal de Villa Mayor, con estadio de grama sintética, su teatro, sus juegos infantiles y sus canchas deportivo, llamándolos respectivamente parque pasivo y parque deportivo. ¿No hubiera sido justo con sus moradores eternos, que este parque de vocación tranquila y sosegada tuviera un nombre que lo diferenciara de su barrio inmediatamente vecino e hiciera alguna rememoración de su trágico pasado? ¿Por qué no llamarlo “Parque de las almas”? En este lugar nada, excepto la memoria de quienes conocieron las fosas y la plegaria de los devotos, rememora a los seres humanos que aún permanecen bajo tierra y que son un resumen de la perversa violencia urbana y rural que han signado a Colombia a lo largo de toda su historia.

Durante toda la noche la confluencia de devotos es mayor que hace 30 años. Hacia la 1:00 AM, los vigilantes del parque guardan los quemadores y los empleados de las empresas de aseo recogen las bolsas que contienen el sebo derretido y las bolsas de agua, algunas ya vacías, que cuelgan de la reja. Doña Bárbara y sus hijos recogen las cosas y las montan en el carro para regresar a su casa. El día siguiente también es día de trabajo, pero no con las almas del purgatorio, sino en otros ámbitos del día a día con las almas vivas de quienes tienen la fortuna de tener un nombre y alguien que los recuerda.





AGRADECIMIENTOS

A Bárbara Abella, Flor María López, José Abella y demás comerciantes del parque Villa Mayor; Padre Darío de Jesús Usuga, Judy Rodríguez y demás devotos y devotas de las benditas almas; vecinos del barrio San Jorge Central: Luz Marina Muñoz, Ana Cecilia Salazar, Nelsy García, Leonilde Barrero, Hilda Sanabria, Rosa Helena Moreno, Mirtian Corredor Saenz y Carlos Alberto Pródigo. Vecinos y vecinas del barrio Murillo Toro: Rodrigo Rodríguez, Eva Buitrago, Carmen Buitrago y Juan Martínez. Vecinos y vecinas del barrio Centenario: Cecilia Téllez, María Hernández, Ana Zúñiga, Luz Dary Poveda, Emilia Rivas, Luz Marina Gómez, Juan Luis Aldana, Olga Cruz, Angie Carolina Gil, Alicia Mirke, Germán García, Silvio Ramírez y Stella Rodríguez. Vecinos y vecinas del barrio Villa Mayor: Martha Espinosa. Administración del parque zonal Villa Mayor: Jennifer Cabarcas, IDR.D.

Agradecimiento y homenaje a las almas de las víctimas de la violencia urbana, incluidos NN, víctimas del holocausto del Palacio de Justicia, de la avalancha de Armero, de la limpieza social urbana, la pobreza, la inequidad y la injusticia.

Agradecimiento especial a mi abuelo Pedro Felipe Leuro Sandoval, alma bendita que murió frente al Cementerio del Sur.



BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Casas, Gloria Andrea (2021). De fosas comunes a parque zonal Villa Mayor: relaciones entre el imaginario instituido y el instituyente. Tesis magister en investigación social, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Argaez Romero, Juana Valentina (2022) Los peladitos del Cementerio del Sur: bioarqueología del aborto y el infanticidio en Bogotá durante la década de 1980. Tesis departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

Asprilla Leidi, Córdoba Indira. Benditos favores. *Revista Directo Bogotá* N° 65. <https://www.directobogota.com/post/benditos-favores>

Balanta Castilla, Nevis (2012). El lenguaje fúnebre en Bogotá. *Tecnura*, vol. 16, octubre 2012.

Bernal, Nadia Raquel (2018). Duro contra el muro. Taller de crónicas barriales. <https://www.banrepcultural.org/cronicas-barriales/cronicas.html>

Botello Gil, Slenka Leandra (2021) Cuerpos en pecado de las ánimas del Purgatorio. *Fronteras de la historia*, vol. 26 N° 2, julio-diciembre de 2021. <https://doi.org/10.22380/20274688.1416>

Cardona Pérez Vanessa. Las pistas de desaparecidos que resguarda el cementerio del sur en Bogotá. *Periódico Unal*. Marzo 23 2018. <https://unperiodico.unal.edu.co/pages/detail/las-pistas-de-desaparecidos-que-resguarda-el-cementerio-del-sur-en-bogota/>

Clavijo Poveda Jairo, Ospina Juan Camilo. De fosa común a parque verde: memoria de la violencia, amabilización y repolitización del espacio público. *Revista Sudamerica*, julio 2020.

Comisión Intereclesial de Justicia y Paz (2008). ¿La fosa perdida del Palacio? <https://www.justiciaypazcolombia.com/la-fosa-perdida-del-palacio/>

Cruz Pulido, Mauricio (director proyecto) (2017). II recuperación social de la memoria local, Localidad 15 Antonio Nariño. Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

El Espacio. Víctimas del palacio de justicia: los muertos siguen en su sitio. Febrero 13, 1986.

El Espacio. Deambuló dos días con cadáver de su hija. Octubre 8, 1986.

El Espacio. La toma del Palacio de Justicia: Exhumarán los cadáveres. Noviembre 24, 1986.

El Espacio. Elegido 'El Rey' de los CAI. Diciembre 31, 1988.

El Espectador. Cementerio del Sur: la fosa del holocausto del palacio de justicia. Octubre 21, 2015.

- El Tiempo. Se oponen a exhumar 40 cadáveres. Enero 16, 1984.
- El Tiempo. Hallan cadáver de Marina Montoya. Febrero 1, 1991.
- El Tiempo. Un centro de brujería. Septiembre 21, 1992.
- El Tiempo. Cruces para los NN. Abril 3, 1994.
- El Tiempo. 48 horas para acabar olores de la fosa común. Septiembre 6, 1994.
- El Tiempo. NN no deben estar en las fosas comunes. Septiembre 7, 1994.
- El Tiempo. Fosas del sur serían parque. Mayo 28, 1996.
- El Tiempo. Exhumaciones por toma del Palacio de Justicia. Agosto 13, 1996.
- El Tiempo. Murió líder de los indigentes. Octubre 4, 1996.
- El Tiempo. Remueven la lápida del holocausto. Febrero 6, 1998.
- El Tiempo. El padre de los NN. Junio 17, 1998.
- El Tiempo. Desembotellan Matatigres. Septiembre 11, 2000.
- El Tiempo. Debajo de 800 fosas comunes en el Cementerio del Sur vive 'El Mexicano' hace 20 años. Octubre 31, 2009.
- El Tiempo. Moverán 5673 restos de cementerio. Agosto 25, 2010.
- El Tiempo. Reconocido vigilante de cementerio bogotano fue atropellado. Abril 13, 2011
- El Tiempo. Visita al parque de los rituales a la muerte anónima. Marzo 29, 2013.
- Escovar Wilson-White, Alberto, et al. (2009). Cincuenta años de progreso: Organización Luis Carlos Sarmiento Angulo 1959-2009. Bogotá, Zona Ltda.
- García González, Karen Alejandra (2021). Ánimas benditas, vitalidades, malestares y violencias en el cementerio de Matatigres, al sur de Bogotá. Tesis, Programa de Antropología, Universidad Externado de Colombia.
- Góngora, Andrés; Suárez, Carlos José (2008). Por una Bogotá sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana. *Universitas humanística* no. 66 julio-diciembre 2008.
- González Alejandra (2020). El camposanto de los muertos sin nombres. *Construyendo la democracia, maestro*, diciembre 15, 2020. <https://construyendodemocracia.com/coordenadas/el-camposanto-de-los-cuerpos-sin-nombres/>
- González Santos, Fernando (2010). Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia. Bogotá, Ediciones B Colombia.

Hernández Molina, Rubén (2019). Exhumación de referentes y lugares: una aproximación a la historia del olvido del Cementerio Sur de Bogotá. *EDA Esempi di Architettura*. Roma, septiembre 2019.

Infobae. Toma del Palacio de Justicia: investigación inédita revela cómo sobrevivientes fueron torturados y ejecutados en instalaciones militares. Diciembre 11, 2021.

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (2011). Un lugar llamado El Cartucho - Crónica. Bogotá, Milenio Editores.

Jimeno, Myriam; Murillo, Sandra Liliana; Martínez, Marco Julián (editores) (2012). *Etnografías contemporáneas*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Le Goff, Jacques (1981). *El nacimiento del Purgatorio*. Madrid, Taurus Ediciones.

Legis Ámbito Jurídico (2020). 35 años: ¿En qué van las investigaciones del Holocausto del Palacio de Justicia? Noviembre 6, 2020. <https://www.ambitojuridico.com/noticias/general/constitucional-y-derechos-hu-manos/35-anos-en-que-van-las-investigaciones-del>

Losonczy, Anne-Marie (2001). Santificación popular de los muertos en cementerios urbanos colombianos. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 37 enero-diciembre 2001.

Mahecha, Jorge (2003). Muertos que no tienen rostro. *El Tiempo*, octubre 18 2003.

Numpaque Moreno, Julián (2019). Desaparecidos, peregrinos y cementerios: espacios y prácticas de la memoria en Colombia". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 37: 163-196. <https://doi.org/10.7440/antipoda37.2019.08>

Paéz López, Fabián (2017). La puerta al purgatorio, una antigua fosa común en Bogotá. *Revista Shock* febrero 16, 2017. <https://www.shock.co/cultura-pop/la-puerta-al-purgatorio-una-antigua-fosa-com-un-en-bogota>

Peláez Gloria Inés. Un encuentro con las ánimas: santos y héroes impugnadores de normas. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 37, enero-diciembre, 2001.

Prieto Farfán, Óscar Armando; Vera Gómez, Laura Melissa (2017). Metodología de investigación para el abordaje de cuerpos No Identificados en cementerios en el marco del conflicto armado: una aproximación arqueológico forense al Cementerio del Sur de Bogotá. Tesis, departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

Poussery, Leonel (2020). Nadie busca a las víctimas de desaparición forzada en los cementerios de Bogotá. Consejo de Redacción. <https://consejoderedaccion.org/sello-cdr/nadie-busca-a-las-victimas-de-desapari-cion-forzada-en-los-cementerios-de-bogota>

Quintero Hernández, Carol Dayana (2020). Una ciudad, dos modelos de urbanización. Caso de estudio Ciudad Villa Mayor, Bogotá D.C. Tesis magister en urbanismo, Universidad Nacional de Colombia.

Revista Semana (versión digital). Así va la búsqueda de cada uno de los desaparecidos del Palacio de Justicia. Bogotá, agosto 28, 2019.

Revista Semana (versión digital). ¿Las fosas perdidas del palacio de justicia de Colombia?. Bogotá, noviembre 15, 2008.

Ruíz, Iván Darío. La devoción a las benditas almas del purgatorio: la negociación entre la vida y la muerte. Universidad de los Andes. 2003.

Villa Posse, Eugenia; et al. (1981). Religiosidad popular en Bogotá. *Universitas Humanística* N° 16
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/11125>

Memoria oral de familiares, comerciantes del Cementerio del Sur y el Parque Zonal Villa mayor, vecinos y vecinas de los barrios San Jorge Central, Villa Mayor, Murillo Toro y Centenario.

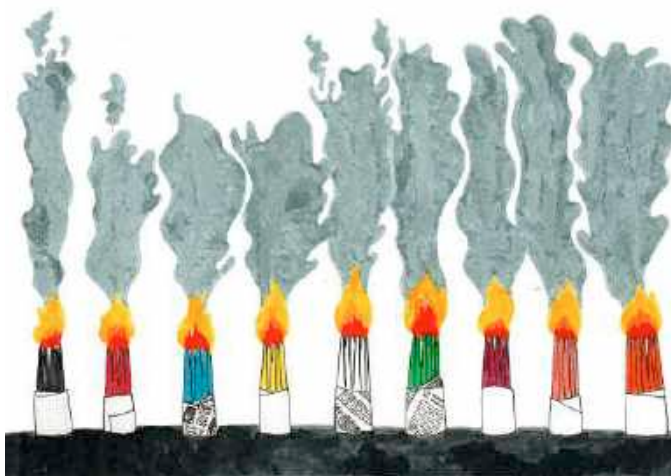


Impreso en Bogotá. Noviembre de 2022



ALMAS BENDITAS QUE MORAN EN EL PARQUE

Crónica familiar de
las fosas del Cementerio del Sur
y la devoción a las almas del purgatorio



Las fosas comunes del Cementerio del Sur

en el sector de Matatigres, fueron el destino de numerosas víctimas de la violencia urbana de Bogotá entre las décadas de 1940 y 1990. Conocido como el cementerio de los NN, tras su decadencia fue transformado en el Parque Zonal Villa Mayor en el 2011. Situación que no impidió la persistencia y crecimiento del tradicional culto a las benditas almas del purgatorio los días lunes.

Este relato intenta reconstruir una memoria difusa sobre un lugar ignominioso y lúgubre, vinculado con hechos como la toma del Palacio de Justicia y la limpieza social de los años noventa, en un algido escenario político y social y en medio de un contexto de aceleradas transformaciones urbanas, atravesado por una memoria familiar en torno al camposanto, el sector de Matatigres y la devoción popular a las benditas almas.